STAR WARS



Anakin Skywalker

SCHOLASTIC

Soy un esclavo de nueve años en el planeta Tatooine. Pertenezco a una criatura llamada Watto. No hay forma de escapar. Entonces, un día aparece un Jedi. Dice que yo también voy a ser un Jedi, pero primero tengo que probar mi valía. Primero debo sobrevivir.

Me llamo Anakin Skywalker. Esta es mi historia.



Diarios Episodio I

Anakin Skywalker

Todd Strasser



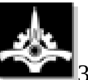
LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Episode I Journal: Anakin Skywalker*

Autor: Todd Strasser

Publicación del original: junio 1999

32 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: CiscoMT

Revisión: Bodo-Baas

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

17.03.15

Base LSW v2.2

Declaración

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars



Introducción

Naboo

La batalla ha acabado. Vuelve a haber paz en Naboo. A través de mi ventana estoy observando a la gente de Theed limpiar los escombros. Los tanques de la Federación de Comercio destrozados y los droides de combate quemados están siendo remolcados. Las estatuas destrozadas están siendo unidas de nuevo. El trabajo de reconstruir esta hermosa ciudad será duro, pero a la gente de Naboo no parece importarle. Creo que están agradecidos de estar vivos.

Yo también estoy agradecido de estar vivo. Podría haber muerto varias veces. Debería estar contento, pero no lo estoy. Un gran hombre dio su vida para que esta gente pudiera vivir. Nunca le olvidaré.

Es por eso por lo que estoy escribiendo este diario. Han pasado tantas cosas… temo que sea demasiado como para que lo recuerde del todo. Aún así percibo que cosas incluso más grandes y más importantes están a punto de suceder.

El aire aquí en Naboo es húmedo y cálido. Mientras me siento junto a la ventana, el sol se siente bien sobre mi piel. Es tan diferente del lugar del que vengo.

Sólo voy a estar aquí un tiempo. No estoy seguro de lo que ocurrirá cuando me marche, pero hasta entonces, trabajaré en este diario.

Me llamo Anakin Skywalker.

Tengo nueve años.



Primera Entrada

Conozco a un ángel

Algo extraño me ocurrió. Estaba trabajando en el montón de chatarra tras la tienda cuando Watto me gritó que entrara. Siempre está gritándome desde su largo morro. Revolotea por la tienda con sus alas puntiagudas azules que hacen un ruido de zumbido. Él es mi amo y yo soy su esclavo. Así que tengo que escuchar.

—Entra en la tienda, —gritó Watto. Su tienda es sólo una chatarrería polvorienta. Como la mayoría de los edificios aquí en Mos Espa, tiene una cúpula y está hecha con paredes gruesas para mantener fuera el calor.

Normalmente no me importa salir bajo los dos soles de Tatooine. Alrededor del mediodía pueden asarte realmente. Pero justo cuando Watto me llamó estaba sacando una unidad refrigeradora de una Vaina de carreras. He estado buscando una unidad refrigeradora durante semanas. Quería dársela a mi amiga Jira, la mujer mayor que es dueña del stand de frutas del mercado.

Corrí hacia la tienda. Si había clientes, Watto siempre gritaba más. Era su forma de lucirse y demostrar a la gente lo importante que era como comerciante de chatarra. Un pequeño grupo de gente y un droide astromecánico estaban dentro. Era bastante inusual.

Una de las personas era un hombre mayor que parecía un granjero. Era alto y tenía barba, pelo largo oscuro, y ojos extraños. Justo entonces me di cuenta de que era diferente. No tenía las manos abrasadas y callosas que normalmente tienen los granjeros de humedad.

Había también una criatura que parecía un cruce entre muchas especies. Estaba de pie sobre dos piernas como un humano. Tenía una boca con forma de pico, y unos ojos grandes de rana alzándose fuera de su cabeza. No era realmente tan inusual comparada con algunas de las criaturas que pasaban por Mos Espa. Pero nunca había conocido a nadie como él antes.

Siguiéndoles había un pequeño droide astromecánico R-2 azul, con una cúpula en la superficie.

Y finalmente estaba *ella*. Al principio no me percaté de nada inusual porque era pequeña y estaba vestida con burdas ropas de campesina. Pero en un segundo vistazo me percaté de que, como el hombre mayor, algo no era correcto en ella. Era mayor que yo, pero no vieja. Podía estar llevando ropas toscas, pero había algo delicado en ella. Su pelo largo y trenzado brillaba. Había un brillo en sus ojos marrones y su piel que era demasiado perfecto para una granjera.

Mi corazón empezó a palpitar un poco más fuerte, y me sentí extrañamente atraído hacia ella. Era distinto a cualquier cosa que hubiera sentido antes. Miré más de cerca y al instante supe que era la criatura más hermosa que había visto nunca. De hecho, estaba seguro de que estaba en presencia de un ángel, incluso aunque nunca había visto uno antes.



Segunda Entrada

Imán para los problemas

Tatooine es probablemente el último lugar en la galaxia en el que esperarías encontrar un ángel. Es un planeta caliente y polvoriento. Y aquí la gente no sigue las leyes de la República Galáctica. Tatooine está gobernado por los hutts, que son conocidos en todo el universo como gansters y asesinos de sangre fría. Nuestro planeta está poblado de inadaptados y criminales que no les queda otro lugar al que ir. Creo que es uno de los pocos lugares en la galaxia donde puedes comprar y vender esclavos, como mi mamá y yo.

Un puñado de rutas de comercio hiperespaciales se encuentran aquí en Tatooine. Esto significa que tenemos visitantes no sólo de nuestra galaxia, sino de otras galaxias también. Un montón de tipos extraños vienen a la chatarrería de Watto buscando partes. Tenemos cazarrecompensas, asesinos a sueldo, piratas de especia, y todo tipo de pilotos del espacio profundo viajando hacia y desde lugares de los que nunca habías oído antes y probablemente nunca vuelvas a oír.

Fue un viejo piloto del espacio profundo el que me habló de los ángeles. Dijo que vivían en las lunas de Iego y eran las criaturas más hermosas del universo. También se suponía que eran buenos y amables: dos palabras que no escuchabas mucho en Tatooine.

Watto llevó al hombre mayor y al droide astromecánico a la parte trasera a buscar partes. Eso me dejó con el hombre rana y el ángel. Por supuesto, no sabía *con seguridad* si era un ángel. Sólo lo sospechaba. Así que simplemente me senté en el mostrador y pretendí limpiar una célula transmisora.

El ángel estaba sudando y se secaba la frente con una tela. Tuve la sensación de que no estaba acostumbrada al tipo de calor con el que vivimos en Tatooine.

Debió saber que estaba mirándola porque después de un rato me dio una sonrisa divertida. Fue ahí cuando le pregunté si era un ángel.

Parecía sorprendida, entonces dijo que nunca había oído sobre los ángeles. Creo que estaba diciendo la verdad. Así que le dije que quizás era uno y no lo sabía.

Empezamos a hablar, y lo siguiente que supe, estaba diciéndole que era un piloto, y cómo Watto nos había ganado a mi madre y a mí de Gardulla la hutt en una apuesta.

Pareció sorprendida al escuchar que era un esclavo.

Mientras tanto, el hombre rana no podía quedarse quieto. Pasaba entre los contenedores y los estantes. ¡Parecía que tuviera que tocarlo todo en la tienda! Finalmente activó accidentalmente un pequeño droide perforador. El droide empezó a marchar, volcando las cosas, y arrastrando al hombre rana por la tienda.

Era una visión divertida, y la chica ángel y yo reímos juntos. Ella tenía una risa fácil, y supe que no quería que se fuera.

Para cuando Watto volvió con el hombre y el droide astromecánico, averigüé que el nombre de la chica ángel era Padmé. Ella sabía que mi nombre era Anakin Skywalker. Estaba triste porque el hombre tenía prisa por marcharse. Sabía que teníamos un montón de partes, así que eso debía significar que el hombre y Watto no podían alcanzar un trato.

Padmé y yo nos dijimos adiós y ella se fue con los otros. Watto flotó alrededor de la tienda quejándose sobre cómo los extranjeros siempre trataban de estafarle. Sus alas golpearon el aire tan rápido que no eran más que un borrón azul. Pero las buenas noticias eran que todo lo que tenía que hacer era limpiar algunos estantes, ¡entonces podría irme a casa!

Por supuesto, no me fui a casa de inmediato. Padmé podía haber abandonado la tienda de Watto, pero eso no significaba que se fuera del todo. Mientras ella estuviera en Tatooine, yo la encontraría.

* * *

Los extranjeros no fueron difíciles de encontrar, gracias al hombre rana. Podías decir que era un imán para los problemas. Lo encontré en el mercado. Tuvo suerte de que lo hiciera, porque un dug llamado Sebulba iba a aplastarle.

Sebulba era mi archirrival en las Carreras de vainas. Es mezquino y feo, con grandes ojos, largos brazos, y trenzas colgando de los laterales de su cabeza. Francamente, no me importa el aspecto. Una vez que has vivido un tiempo en Tatooine, lo has visto todo. Pero me importan los tramposos, y Sebulba era el peor.

Todo vale en las Carreras de vainas. La única cosa que importa es quién cruza la línea de meta primero. Pero algunos de nosotros realmente pensamos que está mal entorpecer a los otros corredores de vainas. Deberías ganar siendo el mejor piloto y el más rápido, no al golpear la Vaina de tu oponente contra la pared de un cañón a propósito.

Pero como dije, cuando se trata de tramposos, Sebulba es el peor en la galaxia. No me importaría tanto excepto porque en nuestra última carrera iba ganando… hasta que me cegó con sus puertos de ventilación y prácticamente hizo que me matara.

En cualquier caso, encontré a Sebulba sobre el hombre rana en el mercado. El hombre rana estaba retorciéndose y tratando de apartarse. Pero Sebulba no iba a dejarle. Odio pensar en lo que habría pasado si hubiera llegado un minuto más tarde.

Advertí al dug que retrocediera. Quería saber por qué, y le dije que el hombre rana estaba conectado con los hutts. Los dugs no son las criaturas más listas del universo, pero saben que meterse con cualquiera conectado con los hutts puede significar una muerte instantánea.

Sebulba estaba enfadado, pero se apartó del hombre rana. Me dijo que la próxima vez que corriéramos se aseguraría de que no viviera para ver la línea de meta. Yo le recordé *a él* que si me mataba, tendría que pagar a Watto por mí.

Sebulba se fue, y yo ayudé al hombre rana a ponerse de pie. Ahí fue cuando Padmé llegó con el tipo mayor y la unidad droide astromecánica.

Me preguntaron qué había sucedido. Les dije que Sebulba había iniciado una pelea con el hombre rana y que yo la había terminado.

Supongo que el hombre mayor estaba sorprendido de que hiciera eso, porque me dio una extraña mirada. Como si pensara que había visto algo, pero no estaba seguro. No sería la última vez que me mirara así. Pero pasaría un rato hasta que supiera lo que significaba.



Tercera Entrada

Secretos Jedi

Empezamos a caminar a través del mercado. Como normalmente, estaba abarrotado de seres de todos los tamaños y formas. Más speeders, droides, y carros tirados por eopies y banthas gigantes domados. El hombre aún estaba buscando las partes del hipermotor que necesitaba para un Nubian 327 tipo J. Yo sólo me alegraba de estar con Padmé de nuevo. De una forma egoísta esperaba que el hombre tuviera un montón de problemas en encontrar las partes. Una vez que tuviera el hipermotor en funcionamiento, todos se irían muy, muy lejos.

Mi amiga Jira estaba delante. Su stand de frutas era en realidad un destartalado toldo, blanqueado por el sol estirado sobre un marco de palos. El toldo daba sombra para la fruta que vendía. Pensé que ya que Padmé y los otros eran extraños aquí, les podría gustar probar algo de comida local.

Tatooine no ofrece mucho, pero tenemos algunas frutas interesantes.

Jira está mayor y encorvada, y tiene el pelo gris. Sus ropas están parcheadas y ajadas, pero siempre están limpias. El calor de los soles gemelos es fuerte sobre ella. Cuando le conté sobre la unidad refrigeradora que había encontrado en el montón de chatarra de Watto, se puso realmente contenta. Entonces le pedí comprar cuatro pallies. Los pallies son frutas dulces y jugosas que crecen en las granjas subterráneas de Tatooine. Estaba bastante seguro de que a los extraños les gustarían.

Mientras sacaba algunos truguts de mi bolsillo para pagar la fruta, una de las monedas cayó al suelo. El hombre se dobló para cogerla, y vi algo asombroso.

¡Bajo aquellas ropas de granjero había un *sable láser*!

Del tipo que sólo los Caballeros Jedi llevaban.

¡*Sabía* que no era un granjero de humedad!

Ahora era mi turno de darle *a él* una mirada divertida. Pero me aseguré de que no se percatara. ¿Qué estaría haciendo un Caballero Jedi aquí en Tatooine?

Un soplo de viento ondeó el toldo sobre el stand de Jira, y la mujer mayor dijo que podía sentir una tormenta aproximarse. Las tormentas de arena sucedían bastante en

Tatooine. Llegaban rápido y no daban mucha advertencia. Podían ser *muy* peligrosas. Ya, la arena y el polvo habían empezado a soplar por las calles, y algunos de los dueños de tiendas a nuestro alrededor estaban empezando a cerrar sus puertas y a cerrar sus puestos.

El Caballero Jedi disfrazado de granjero quería dirigirse de vuelta a su nave. Pero cuando escuché que habían aterrizado a las afueras de Mos Espa, supe que no tenían suficiente tiempo para lograr volver a salvo. Estarían mejor viniendo a mi casa y esperando a que la tormenta pasara.

Me alegré cuando aceptaron mi oferta. No sólo me daría más tiempo con Padmé, podría averiguar qué estaban haciendo aquí en Tatooine. Después de todo, Mos Espa era un espaciopuerto. Normalmente tenía multitud de espacio de hangar disponible.

¿Así que por qué habían aterrizado en el desierto?

* * *

Mamá se sorprendió cuando vio a todos los extraños en nuestra choza. Pero una vez le expliqué sobre la tormenta de arena ella les invitó a cenar. Le presenté a los otros y supe que el nombre del Caballero Jedi era Qui-Gon Jinn. El nombre del hombre rana era Jar Jar Binks, y el droide astromecánico era Erredós-Dedós.

Nuestro hogar tenía una habitación principal, más dos habitaciones más pequeñas, donde Mamá y yo dormíamos. Lo que lo hacía especial era que mi habitación también era una estación de trabajo. Ahí es donde llevé a Padmé tan pronto presenté a todo el mundo. Quería mostrarle mi último proyecto: un droide de protocolo para ayudar a mi Mamá en casa.

Mi droide se llamaba Ce-Trespeó. No estaba del todo terminado, pero la mayoría de los circuitos y la mecánica estaban hechos. Tenía brazos, piernas, y una cabeza como la de un humano, pero no tenía el dinero de las partes para su coraza exterior. Esperaba cubrirlo un día en una placa de oro cromado.

Lo divertido era que el pequeño droide de cúpula azul Erredós-Dedós nos había seguido hasta mi habitación. Cuando vio a Ce-Trespeó empezó a bipear y a silbar.

Ce-Trespeó parpadeó y habló.

—Le ruego me disculpe… ¿pero qué quiere decir con que estoy desnudo?

Erredós-Dedós bipeó de nuevo. Yo empecé a reír.

—¡Oh… cielos! —jadeó Ce-Trespeó—. ¡Qué vergüenza! ¿De verdad estoy desnudo?

Padmé sonrió. Rápidamente expliqué a mi droide de protocolo que sólo estaba «de algún modo» desnudo y que arreglaría ese problema pronto.

Quería enseñarle a Padmé la Vaina de carreras que estaba construyendo, pero estaba fuera en la tormenta, cubierta por una lona. Volvimos a la habitación principal en su lugar.

Empezamos a comer y hablar. Padmé preguntó por qué, si éramos esclavos, ¿no íbamos a un planeta donde pudiéramos ser libres? Tuve que explicarle sobre los

transmisores que estaban ocultos en nuestros cuerpos y cómo explotaríamos si tratábamos de escapar.

Padmé parecía aturdida. Supe entonces que ella nunca había encontrado nada como la vida en Tatooine antes. Y eso me hizo preguntarme. ¿De dónde en la galaxia había venido *ella*?

Nadie parecía saber qué decir luego. Imaginé que Padmé sentía lástima por Mamá y por mí. Y no me gusta que *nadie* sienta lástima por mí. Así que empecé a hablar de las Vainas de carreras y de cómo era el único humano en Tatooine que podía hacerlo.

Podría decir que Mamá pensaba que estaba fanfarroneando, pero sólo estaba afirmando un hecho bien conocido.

Qui-Gon dijo que tenían Carreras de vainas en Malastare. Sabía que eran muy rápidas y peligrosas.

Y entonces dijo que si corría con Vainas, debía tener reflejos de Jedi.

Sentí un escalofrío. *¿Reflejos de Jedi*? Sabía que era rápido. ¡Pero aquí había un auténtico Caballero Jedi vivo, diciendo que podría ser uno de los suyos! De repente sentí la urgencia de decirle que conocía su secreto.

Pero vacilé. Después de todo, iba vestido como un granjero. ¿Y si no quería que nadie lo supiera?

* * *

Todo el mundo tiene secretos. A veces, si pasas suficiente tiempo con alguien, puedes averiguarlos. Así es como supe que Qui-Gon no era un granjero de humedad y que Padmé no era una granjera.

Yo también tenía un secreto. Pero el mío era privado. Tenía que ver con los sueños que tenía. Mis sueños eran diferentes de los sueños de los otros niños que conocía. Toma a mis amigos Kitster y Seek, por ejemplo. Ambos querían ser pilotos como yo. Pero soñaban con dejar Tatooine para siempre y nunca volver.

Yo soñaba con marcharme, también. Pero yo *volvería*. Como un Caballero Jedi. Soñaba con liderar una rebelión de esclavos aquí en Tatooine. Soñaba con sostener un sable láser, y en sacar hasta el último hutt, criminal, y cazarrecompensas de este planeta.

Pero tenía otro secreto también. Un oscuro secreto. Era sobre la forma en la que mis sueños terminaban siempre. Era un secreto que me aterraba, uno que nunca podría contar.

* * *

Cogí aliento profundamente, y lo dejé salir lentamente. No estaba seguro de si decir esto, pero tenía que saberlo.

—Qui-Gon, —dije—, debes saber de lo que estás hablando, ya que *eres* un Jedi.

Mi madre jadeó. Los otros alrededor de la mesa se quedaron en silencio.

Qui-Gon se quedó callado durante un momento. Entonces alzó una ceja y preguntó que por qué pensaba eso.

Dije que era porque había visto su espada láser.

—Quizás maté a un Jedi y le cogí su sable láser, —dijo él.

Yo sacudí mi cabeza y dije que eso no podía ser cierto. Todo el mundo sabía que no podía matarse a los Caballeros Jedi.

Qui-Gon suspiró. Me dio una mirada que volvería a embrujarme.

—Ojalá fuera así, —dijo él.

Sé ahora que debería haber prestado más atención a sus palabras. Pero estaba ansioso por hablarle de mi sueño de convertirme en un Jedi y liberar a los esclavos en Tatooine.

Con seguridad él, un Caballero Jedi, lo entendería. Le pregunté si quizás era eso por lo que había venido a nuestro planeta.

Qui-Gon lentamente sacudió su cabeza. Y entonces dijo que de hecho no había tenido intención de venir del todo aquí.

Por un momento me sentí decepcionado… hasta que Qui-Gon explicó que estaban de camino hacia Coruscant.

De todos los lugares de la galaxia que quería visitar, Coruscant era el primero de mi lista. Por lo que había oído de los piratas de especia y los pilotos del espacio profundo, sonaba como el opuesto exacto a Tatooine. Tatooine era un baldío olvidado en el Borde Exterior. Coruscant era el centro de la galaxia. Tatooine era un desierto casi vacío. Coruscant estaba cubierto de una ciudad de varios niveles sin fin. Era la capital de la República Galáctica, y el hogar de los Jedi.

Qui-Gon explicó que estaban en una misión secreta. Pero su nave estaba dañada y habían tenido que aterrizar en Tatooine mientras buscaban partes. Se quedarían sólo tanto como llevara reparar la nave.

El problema era que no tenían el dinero para conseguir las partes. Qui-Gon tenía multitud de créditos de la República. Pero eran inútiles para Watto.

De repente tuve una gran idea. La Clásica Carrera de vainas de Boonta Eve era en dos días, y sabía que podía ganarla. Si Qui-Gon me introdujera en la carrera, el dinero del premio pagaría las partes que necesitaban… ¡y más!

Mamá se preocupó porque odiaba que corriera con las Vainas. Y Padmé y Qui-Gon estaban de acuerdo en que intentarían encontrar otra forma de conseguir el dinero… o una que no involucrara el tener que arriesgar mi vida.

Pero yo no abandonaría tan fácilmente. Le recordé a Mamá lo que había dicho tantas veces: que de todos los problemas del universo, el más grande era que la gente no se ayudaba los unos a los otros.

Mamá empezó a sacudir la cabeza, pero entonces se detuvo. Nuestros ojos enfrentados. Sin palabras, sólo utilizando pensamientos, traté de decirle lo importante que era esto para mí. Que de alguna forma, en mi interior, *sabía* que tenía que correr.

Y entonces ocurrió la cosa más asombrosa. Mamá se giró hacia Padmé y Qui-Gon y dijo que yo tenía razón. No había otra forma de conseguir la cantidad de dinero que

necesitaban. La única forma era dejarme correr. Ella dijo que no le gustaba, pero que esto era para lo que estaba hecho.



Cuarta Entrada

Nos preparamos para la carrera

Aún había un montón por hacer antes de que pudiera correr. Primero teníamos que conseguir reunir la tasa de entrada para entrar en el Clásico de Boonta. Esperamos hasta la siguiente mañana y entonces entramos en la chatarrería donde Qui-Gon trató de hacer un trato con Watto.

Ahí fue cuando supe lo serios que eran realmente los problemas de Qui-Gon. Para conseguir la tasa de entrada, ofreció su nave.

Incluso Watto era lo suficientemente listo para ver qué ganga le estaba ofreciendo Qui-Gon. Si yo ganaba la carrera, Watto lo conservaría todo excepto las partes que Qui-Gon necesitaba. Y si *perdía* la carrera, Watto conseguía una nave estelar Nubian.

Watto aceptó, y corrimos a mi casa para tener mi Vaina preparada para la carrera. Padmé, Jar Jar, y Erredós-Dedós echaron todos una mano. Mientras trabajábamos, me percaté de que Qui-Gon estaba hablando en voz baja con mi mamá. No podía escuchar lo que estaban diciendo, pero por las miradas en su cara y la forma en que seguían mirándome, podía notar que era serio.

Entonces el Jedi sacudió la cabeza y Mamá se apartó con una mirada triste en su cara. ¿Qué estaba pasando?

Seguimos trabajando en la Vaina de carreras. ¡Era *tan* genial! Dos enormes turbinas Radon-Ulzer conectadas a una pequeña Vaina de tiro por cables de control steelton. Te sientas en la vaina tras esos motores monstruosos y tratas de alcanzar velocidades que podrían arrancarte el pelo de la cabeza. Pero pese a todo su poder y velocidad, la Vaina de carreras es una máquina sorprendentemente delicada. Un arañazo desagradable contra una formación de rocas u otro corredor, y podías desaparecer en un baño de llamas de combustible de cohete.

Algunos de mis amigos vinieron, incluyendo mi mejor amigo, Kitster. Cuando les dije que iba a inscribir mi Vaina de carreras en el Clásico Boonta, todo el mundo excepto Kitster se rió. Sabían que había estado trabajando en ella mucho tiempo. También sabían que nunca había siquiera conseguido que los motores funcionaran.

Los otros se fueron a jugar a la pelota, pero Kitster se quedó atrás, curioso por ver si realmente podía hacer funcionar la Vaina de carreras.

En mi corazón sabía que hoy era el día. Podía *sentirlo*. Y cuando Qui-Gon me dio la carga de energía que necesitaba, me metí en la Vaina y la inserté.

Contuve el aliento… y golpeé la palanca de ignición.

¡VARRUUUUMMMM! Las turbinas rugieron encendiéndose. Los enlaces de energía rojos y rosas resplandecían entre la carcasa de los motores, y las llamas naranjas estallaron de los quemadores auxiliares.

Kitster sonrió. Padmé y los otros animaban. Yo me senté en la Vaina, sintiendo las vibraciones de aquellas ponderosas turbinas.

Chico, se sentía bien.

Pero el trabajo no había terminado, y trabajamos hasta la noche. Y cuando las criaturas vivas estuvieron demasiado cansadas como para trabajar más, el droide astromecánico Erredós-Dedós siguió en marcha, lanzando una última capa de pintura. Para entonces ya se había pasado mi hora de ir a la cama y Mamá estaba sugiriendo que era mejor que durmiera algo.

Estaba de acuerdo en parar durante la noche. Pero antes de irme a la cama, me senté en el porche. Miré a todas las estrellas en el cielo nocturno, y me pregunté cuál, si había alguna, visitaría algún día. Qui-Gon estaba toqueteando algo de sangre de un lugar donde me había cortado. Estaba tan ocupado imaginándome cómo sería salir fuera y visitar todos aquellos sistemas que casi no me di cuenta cuando raspó algo de mi sangre en un chip de comunicador.

Cuando le pregunté qué estaba haciendo, dijo que simplemente estaba comprobando si había infecciones. Sospechaba que había otro motivo. Pero sabía que lo que fuera que fuera, no iba a decírmelo.

* * *

Esa noche tuve un nuevo sueño. Era alguien poderoso… como un Caballero Jedi, pero diferente. Estaba en un lugar que no había visto antes. Un lugar sombrío. Padmé estaba allí, pero parecía distante… mayor, y más triste. Llevaba un vestido de combate, y mientras aún parecía delicada y perfecta, también era fuerte y determinada.

Estaba liderando a un enorme ejército a la batalla. Y eso era extraño, también. No podía decir en qué bando estaba yo.

Cuando me desperté en la mañana, Padmé estaba allí. Le conté sobre el sueño. Ella sacudió la cabeza y dijo que esperaba que no se volviera realidad porque odiaba luchar.

Incluso aunque sólo fuera un sueño, podía decir que ella se lo tomaba en serio. Como si en alguna parte dentro de ella, supiera lo que yo sabía… que mis sueños no era sólo mi imaginación. Que había verdad en ellos.

Y a veces esa verdad era aterradora.

Volvimos para trabajar en mi Vaina. Pronto mi amigo Kitster se presentó con dos eopies. Esos animales de manada de morro largo tirarían de las turbinas de mi Vaina hasta la arena de la carrera en el desierto. Desacoplé los motores y até uno detrás de cada eopie. Erredós-Dedós tiraría de la Vaina.

Kitster montó en uno de los eopies mientras Padmé y yo montamos en el otro. Me puse el traje de vuelo que Mamá había tejido para mí. Mientras lentamente nos abríamos paso a través de Mos Espa y hacia la arena de la carrera, traté de mantener mi mente en la carrera.

Llegamos al hangar donde una docena de equipos estaban preparando a sus corredores. Los buenos mecánicos son difíciles de encontrar aquí fuera. Nunca había visto a tantas criaturas pretendiendo saber lo que estaban haciendo. ¡Un equipo había montado sus motores *al revés*! Qui-Gon ya estaba allí, hablando con Watto. Debido al clamor haciendo eco a través del hangar, no podía escuchar de lo que estaban hablando. Pero cuando Watto se fue me lanzó un comentario divertido de que debería advertir a Qui-Gon que dejara de apostar antes de que también acabara como un esclavo.

Por supuesto, cuando le pregunté a Qui-Gon sobre ello, me dijo que me lo contaría más tarde.

Nos pusimos a trabajar en reacoplar los motores a mi vaina. A nuestro alrededor los bobos equipos de droides preparaban sus Vainas de carreras. Las llaves hidráulicas sonaban contra el metal y los instrumentos delicados caían al suelo con un ruido. Los conductores nerviosos gritaban frustrados. La tensión era entendible. La ley de las Carreras de vainas es implacable: Una vez que la carrera comienza, pocos terminarán, y muchos morirán en el intento.

No pasó mucho hasta que fue la hora de llevar a los corredores a la arena de la carrera. La arena estaba perfilada con puestos de vistas donde los espectadores se reunían para observar y apostar. La concurrencia siempre era grande porque a todo el mundo le encantaba ver las Carreras de Vainas. La excitación es rara en Tatooine. En los días de carreras las calles abarrotadas de Mos Espa estaban vacías.

La carrera empieza en la arena, entonces pasa a los cañones del desierto, entonces vuelve a la arena. Antes de que empiece los corredores se inclinan hacia la «caja real». Esto era ridículo. Jabba el hutt, el cieno más grande de la galaxia, se sentaba en esa caja. Y teníamos que inclinarnos como si fuera algún tipo de rey. El rey de los bandidos, quizás.

Sabía que si perdía la carrera, Qui-Gon, Padmé, y los otros se quedarían en Tatooine atrapados durante mucho tiempo. Y cuando eres joven y guapa en Tatooine, no pasa mucho antes de que pertenezcas a Jabba. Imaginar a Padmé encadenada como una esclava hacía que me hirviera la sangre.

Estaba distraído por los ánimos cuando se anunció el nombre de Sebulba. Estaba considerado el mejor Corredor de vainas de Tatooine, y todo el mundo apostaba a que él ganaría el Clásico de Boonta de nuevo. ¿Y dónde estaba Sebulba? Merodeando cerca de

mi vaina. Le di una mirada de advertencia y él retrocedió, pero no antes de decirme que no viviría para ver el final de la carrera.

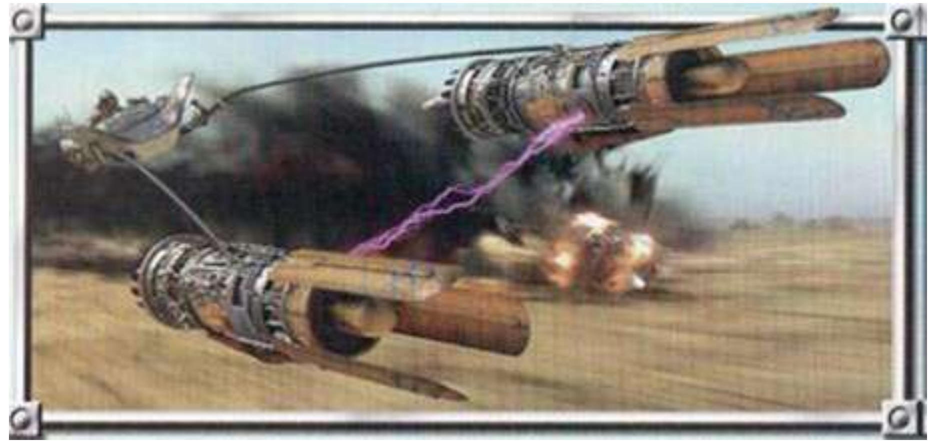
Era hora de empezar.

Si dijera que no estaba nervioso, estaría mintiendo. Pero también sabía que podía hacerlo. Había corrido contra la mayoría de estas criaturas antes. Mientras mi Vaina de carreras se mantuviera de una pieza y me alejara de Sebulba podría derrotarlos a todos.

Me puse el casco y gafas. Abrochándome el cinturón a la vaina, alcé la mirada hacia la cara de Qui-Gon. Preguntó si estaba preparado, y le dije que lo estaba. Entonces me dijo que me concentrara en cada momento. Dijo que no pensara, que confiara en mis instintos.

Entonces dijo:

—Que la Fuerza te acompañe. —Y ahí fue cuando me di cuenta de que hasta donde él sabía, esto no era sólo una carrera. También era una prueba. Para mí.



Quinta Entrada

La carrera de mi vida

Iniciamos nuestros motores. Y déjame decirte, no hay ningún sonido como ese. El rugido de una docena de Vainas de carreras es tan fuerte que te daña los oídos. Es como meter tu cabeza dentro de un motivador de hipermotor. Para mí, ese sonido es pura adrenalina. Me hace querer ir rápido y ganar.

La luz de inicio se volvió verde y apreté con fuerza las barras propulsoras de mi vaina. Las Vainas de carreras de mi alrededor surcaron hacia delante en manada…

Mientras tanto, con una tos enfermiza, mis turbinas se apagaron.

Me senté allí en la nube de escapes y polvo mientras las otras Vainas de carreras se disparaban desde la línea de salida. Creo que por medio segundo estaba aturdido.

¡Sebulba! De repente supe que había saboteado mis motores. Pero no importaba. La única cosa que importaba era volver a la carrera.

Golpeé el arranque de nuevo… y de nuevo. Pasaron tensos segundos mientras esperaba ansiosamente para ver si los Radon-Ulzers iniciaban. Finalmente, con un escupir, lo hicieron.

Estaba atrás. Por supuesto. Estaba bastante atrás, pero quizás eso funcionara a mi favor. Delante vi la vaina naranja brillante de Sebulba y la Vaina de Mawhonic ir parejas hacia el primer giro de las formaciones de roca. Mawhonic no sabía contra lo que estaba. Si hubiera tenido un comunicador, habría tratado de advertirle.

Demasiado tarde. Sebulba viró hacia Mawhonic, mandándole directamente hacia las rocas. *¡Kabum!* Incluso atrás en la carrera pude oír las explosiones mientras Mawhonic se desvanecía en una enorme bola de llamas.

Sé que puede sonar alocado, pero todo lo que quería era atrapar a la criatura que acababa de matar a Mawhonic.

Pero primero tenía que pasar al resto de la manada. Gasgano fue el primer desafío al que me enfrenté. Estaba conduciendo un nuevo ord pedrovia, que es realmente rápido y ágil. Traté de pasarle, pero él me cortó el paso. Una y otra vez lo intenté, pero no fue hasta que caí por una meseta que me puse en movimiento hacia él y me colé.

¡Pang! De la nada, algo golpeó la parte trasera de mi Vaina de carreras y me hizo virar.

¿Qué dem…?

Entonces los vi… ¡cuatro exploradores tusken ocultos en el giro del cañón de dunas! Estaban animando y bailando con deleite. Uno de ellos debía haber tenido suerte con su rifle de proyectiles y le había dado a mi vaina. Apreté los dientes y me disparé pasándoles.

¡Ka-bum! Escuché otra explosión y vi a Sebulba corriendo lejos de una segunda enorme bola de llamas y humo junto a la pared del cañón. No vi lo que había ocurrido, pero sabía que Xelbree había estado tratando de atraparle un par de minutos antes.

Y ahora Xelbree se había ido.

¡Ka-bum! Ody Mandrell cortó demasiado bajo sobre una duna y chocó. Ahora se había ido, también.

Sentí un escalofrío. Cuando pierdes en esta carrera, lo pierdes todo… incluso la vida.

La primera vuelta había acabado. Me dije a mí mismo de ser paciente mientras me abría paso a través de la manada. Atravesando el Cañón del Arco por segunda vez, estaba a trescientos metros detrás de Teemto Pugales de Moonus Mandel cuando su vaina de repente explotó en una bola naranja brillante de fuego.

Así, Teemto se fue, también.

Para el inicio de la tercera vuelta estaba en el tercer puesto tras Sebulba y Terter. Obitoki y Habba Kee estaban justo detrás de mí. Terter era lo suficientemente desconfiado como para mantenerse fuera de la cola de Sebulba, lo que siempre era un mal lugar en el que estar. Pero mientras llegaron a través del Desfiladero Jag Crag, Terte trató de hacer un movimiento que le llevó demasiado cerca. Sabía lo que Sebulba iba a hacer incluso antes de que lo hiciera.

¡Zwank! Sebulba tiró por la borda una parte. Terter no pudo evitarla. ¡Uno de sus motores succionó la parte y Terter viró *justo hacia mí*!

¡Gua! La siguiente cosa que supe, era que mi vaina estaba fuera de control. El estabilizador vertical de Terter había soltado el cable steelton de mi motor izquierdo, desanclándolo de la unión principal. Obitoki, Elan Mak, y Habba Kee se deslizaron pasándome mientras yo me sacudía por el cielo, luchando por volver a poner mi Vaina de carreras bajo control.

Para ser honesto, pensé que me iba a ir. Volar en una Vaina de carreras con un motor suelto es como cabalgar sobre un cometa. Suponía que si no me chocaba, probablemente sería arrastrado hacia la atmósfera superior y me congelaría hasta la muerte.

El otro peligro llegaba del cable steelton suelto. Volando libremente, podía soltar un saliente de rocas y llevarme a la nada en cualquier momento.

Seguí luchando por el control, trabajando en los pedales del estabilizador con mis pies… utilizando el gancho magnético para tratar de agarrar el cable suelto. Pero mi Vaina de carreras estaba balanceándose salvajemente. Parecía desesperanzador hasta que recordé el consejo de Qui-Gon: *Siente. No pienses. Confía en tus instintos*.

Para entonces supuse que no tenía nada que perder…

Me concentré. *Estabilizar. Atrapar el cable steelton. ¡Concéntrate!*

Dejé de pensar en ello y simplemente reaccioné.

Y entonces hice algo que nunca había hecho antes. Mientras la Vaina de carreras se balanceaba hacia el cable suelto, extendí el brazo con el gancho magnético y conseguí agarrarlo. Un instante más tarde volví a anclar el cable al Radon-Ulzer izquierdo.

De repente estaba de nuevo bajo control.

Pero esta era la última vuelta y había perdido un tiempo valioso. ¿Aún sería capaz de alcanzarle?

* * *

Pasé a Elan Mak.

¡Ka-bum! Delante, Obitoki desapareció en llamas y humo. Sebulba le había cegado con su ventilación lateral, el mismo movimiento que había usado conmigo en nuestra última carrera, sólo que yo había conseguido aterrizar y alejarme.

¡Ka-bum! Cegado por la brillante explosión de la vaina de Obitoki, Habba Kee chocó.

Eso nos dejaba a Sebulba y a mí.

Llegué a su lado. Sebulba podía tener un montón de trucos sucios, pero no tenía un montón de imaginación al utilizarlos. Sabía que cegar con su ventilación lateral había funcionado una vez conmigo. Tenía el presentimiento de que lo intentaría otra vez.

¡Lo hizo! Mi Vaina de carreras fue forzada por un momento hacia una rampa de servicio. Entonces volví. ¡Con un impulso controlado me agaché dentro y me puse el primero!

¡Ahora Sebulba estaba detrás de mí en un segundo puesto! ¡Chico, deseaba poder haber visto su cara!

¡Cranc! La sacudida desde atrás me cogió por sorpresa. Sebulba estaba librándose de sus frustraciones embistiéndome. Ahora estaba justo en mi cola. Sabía que no le dejaría pasarme, así que en su lugar escogió acercarse y empujar, tratando de mandarme fuera de control.

Y ese era un gran problema, ¡porque podía funcionar! Es suficientemente difícil maniobrar esos giros a máxima velocidad sin que alguien te embista desde atrás.

Sebulba siguió empujándome y yo seguí luchando contra él. Mi barra de control parpadeaba. Algo se había soltado y estaba saliéndose.

¡Puu duu! Parpadeó de nuevo. Sabía que tendría que cambiar al auxiliar, pero hacer eso significaba disminuir las RPMs. La electrónica no podía manejar la sacudida de un impulso de lleno.

Llevó menos de un segundo hacer el cambio. Pero eso era todo lo que Sebulba necesitaba para ponerse el primero.

* * *

Última vuelta. Último giro. Última oportunidad. Un navío Nubian era un montón que perder, y yo tenía el presentimiento de que sólo era el principio de los problemas de Qui-Gon. Traté cada movimiento que conocía para pasar a Sebulba. Pero o se había vuelto más listo durante la carrera o simplemente tenía suerte, porque consiguió mantenerme tras él.

Siente. No pienses. Confía en tus instintos. Mientras salíamos del último giro, puse un último truco en él.

¡Funcionó! De repente estábamos lado a lado en la recta final.

¡Crank! Sebulba chocó su vaina de lado contra la mía, tratando de sacarme de la ruta.

¡Crank! Lo hizo de nuevo.

Requerí de cada poco de fuerzas que tenía para mantener mi Vaina de carreras bajo control.

¡Crank! ¡De nuevo! ¡Estaba loco! Chocar nuestras vainas así podía herirle a él tanto como a mí.

¡Crank! Esta vez cuando chocó contra mí, no rebotamos. Miré por el lateral y vi por qué. ¡Nuestras varas estabilizadoras se habían atrapado la una con la otra!

En su Vaina, Sebulba me estaba frunciendo el ceño. Si cruzábamos la línea de meta juntos, estaríamos empatados. Ninguno de nosotros quería eso. Ambos queríamos ganar.

¡Tenía que soltarme!

Inclinándome como podía sobre el brazo estabilizador de mi vaina, golpeé mis barras propulsoras hacia atrás y hacia delante, tratando de alejarme de la vaina de Sebulba. Mientras tanto estábamos gritando hacia la recta final a toda velocidad.

Presioné el brazo estabilizador más fuerte.

¡Más fuerte!

¡MÁS FUERTE!

¡Crac! ¡Se rompió!

Justo antes de que nos separáramos, vi una mirada de increíble sorpresa en la cara de Sebulba. Entonces estaba girando salvajemente y bombeando mis estabilizadores para enderezarme.

Un par de momentos más tarde mi vaina atravesó una nube de humo negro y cruzó la línea de meta. El humo estaba viniendo de los motores de Sebulba, que habían explotado cuando su Vaina de carreras había chocado contra una estatua antigua. No sé cómo consiguió sobrevivir al choque, pero lo hizo.

Sólo que él no ganó el Clásico de Boonta.

Lo hice yo.

Me detuve y sólo me senté ahí en mi vaina, tan cansado que no podía extender los brazos siquiera para desabrocharme el cinturón. Mi cara estaba húmeda de sudor arenoso. Mis oídos estaban llenos del siseo de las turbinas enfriándose y el rugido de la multitud animando. Los soles gemelos brillaban en el cielo sin nubes, reflejándose en los Radon-Ulzers. Mi carrera… mi victoria… mi sueño…

Kitster estaba alcanzando la Vaina y desatándome el cinturón. Miré su cara de orgullo, sonriendo. Sus labios se movieron pero no pude escuchar sus palabras por encima del rugido. Unas manos estaban alzándome y lo siguiente que supe, es que estaba siendo llevado a la caja real por una multitud de fans animándome.

Lo había hecho.

Había ganado.



Sexta Entrada

La mayor sorpresa

No fue hasta que volví al hangar que vi a Mamá, Qui-Gon, Padmé, y los otros. Todo el mundo me felicitó, y Padmé me dio un abrazo. Incluso Mamá estaba orgullosa de mí. Supongo que mi victoria en el Clásico de Boonta le dio a los esclavos de Tatooine esperanzas. Quizás no de que *ellos* pudieran ganar la carrera. Pero de que podrían lograr lo que fuera que quisieran si de verdad se esforzaban en ello.

Qui-Gon ya había utilizado sus ganancias para comprar las partes que necesitaba para su nave. Ahora tomó a algunos eopies y un trineo repulsor para llevar las partes de vuelta al desierto. Jar Jar y Erredós-Dedós se fueron hacia la nave a pie. Mientras Padmé trepaba hasta uno de los eopies, me pregunté si la vería de nuevo. Quería preguntarle, pero había demasiada gente alrededor.

Mamá y yo fuimos a casa. Durante el resto del día debería haber disfrutado de la victoria de ganar la carrera. Todos los niños en el vecindario vinieron a felicitarme. Querían jugar y hablar, pero yo estaba distraído. Tenía un proyecto que necesitaba terminar… rápido.

Ya ves, estaba triste porque Padmé se fuera y yo no tendría ocasión de decir adiós. Sabía que Qui-Gon volvería para devolver los eopies. Cuando lo hiciera, quería darle algo para que se lo diera a ella. Algo por lo que se acordara de mí.

Tenía una pieza de madera japor que había encontrado en el desierto y estaba guardando. El japor era raro y valioso, y cualquier cosa hecha de él se suponía que le daba al portador buena suerte. Ahora empecé a tallar un colgante con él. Mi esperanza era que Padmé la llevara alrededor de su cuello…

Terminé el colgante y salí para encontrar un collar de cuero para colgarlo. Por todas partes por las que iba, la gente saludaba y sonreía. Me sentía genial. Nunca antes había sido un héroe.

No todo el mundo estaba contento con mi victoria. De la nada un rodiano llamado Wald apareció enfrente de mí, bloqueando mi camino. Wald normalmente era amigo mío. Pero una mirada a él y supe que hoy no era ningún amigo.

Quizás había perdido dinero con la carrera. O quizás simplemente no le gustaban los humanos. Todo lo que supe es que quería luchar porque decía que ningún humano podía haber ganado el Clásico de Boonta. Por lo tanto, debía haber hecho trampas. Tuvo la pelea que quería. Pero incluso mientras nuestros puños volaban, no estaba pensando en él o en la carrera. Estaba pensando en Padmé.

Estábamos rodando en el suelo, golpeándonos el uno al otro y pateando el polvo cuando sentí una sombra alzarse sobre mí.

Alzando la mirada, vi a Qui-Gon mirando hacia mí con un ceño fruncido en la cara. Rápidamente me levanté y me limpié el polvo. El Caballero Jedi me preguntó qué había pasado. Le dije cómo Wald me había acusado de hacer trampas.

Él se giró hacia Wald y le preguntó si él pensaba que había hecho trampas. Para mi sorpresa, incluso aunque le acababa de golpear hasta hacerlo pulpa, Wald asintió. ¡*Aún* pensaba que había hecho trampas!

Qui-Gon asintió sabiéndolo y se giró una vez más hacia mí. Explicó que luchar no había cambiado la opinión de Wald. Tendría que estar satisfecho con saber la verdad —que no había hecho trampas— incluso si no podía convencer a los demás.

Me di cuenta de que Qui-Gon estaba enseñándome una lección. Podría haber ganado la carrera, pero toda la lucha del mundo no convencería a un enemigo a ponerse de mi lado.

Qui-Gon y yo volvimos a mi casa. Cuando entramos, él me dijo algo que nunca había esperado escuchar. Me hizo olvidar casi todo lo demás. Ganar el Clásico de Boonta no era *nada* en comparación a esto.

¡El Caballero Jedi dijo que ya no era un esclavo! ¡Era *libre*! Parecía imposible que Watto me soltara, pero todo lo que Qui-Gon decía era que Watto había aprendido una lección importante sobre apostar.

Mamá estaba contenta por mí. Decía que ahora podía hacer realidad mis sueños. Entonces ella preguntó a Qui-Gon si iba a convertirme en un Jedi.

¡¿Un Jedi?!

¡Estaba completamente en shock! Pero Qui-Gon no parecía sorprendido por la pregunta. Entonces recordé la conversación seria que había visto que habían tenido el día de antes. ¡*Tenía* que ser esto de lo que habían hablado!

¿Pero yo, un Caballero Jedi? Eso siempre había sido un sueño. Nunca, jamás me atreví a creer que realmente se haría realidad.

Qui-Gon se arrodilló de forma que estábamos cara a cara. Parecía muy serio y me dijo que no era coincidencia que nos hubiéramos encontrado. Dijo que era poderoso en la Fuerza. Pero me advirtió que aún podría no ser aceptado por el Consejo. Aún no estaba del todo seguro de cómo funcionaba el Consejo, pero tenía un presentimiento de que podría estar formado por otros Caballeros Jedi.

También me advirtió que si era aceptado, habría un largo periodo de entrenamiento. No sería una vida fácil. Podría haberme dicho que tendría que limpiar caca de bantha durante el resto de mis días. No me habría importado si significaba ser un Jedi.

Mamá me dijo que me diera prisa y empacara porque tendría que volver a la nave con Qui-Gon y no había mucho tiempo. Me di la vuelta y caminé hacia mi habitación. Pero entonces pensé en algo que me hizo detenerme en mi camino.

Volví a mirarles. Mamá y Qui-Gon compartieron una mirada de complicidad. Y de repente, supe que esto no eran sólo buenas noticias después de todo.



Séptima Entrada

Una decisión difícil

Las malas noticias eran que Mamá no podía venir con nosotros. Qui-Gon había tratado de liberarla también, pero Watto se negó. Incluso el dinero de vender mi Vaina de carreras no era suficiente.

¿Dejar a Mamá en Tatooine? No podía hacerlo. Incluso si significaba no convertirme en Jedi. No quería irme sin ella. Coruscant estaba a media galaxia… a años luz de distancia. Era demasiado lejos. Si iba allí, había una gran probabilidad de que no volviera a verla.

Traté de decírselo, pero ella me dijo que escuchara mis sentimientos. Traté de pretender que mis sentimientos querían que me quedara en Tatooine, pero ambos sabíamos que no era cierto. En mi corazón, quería ser un Jedi más que nada en el mundo. Finalmente, fui a mi habitación y empaqué rápidamente.

Era difícil marcharse. Kitster y algunos de mis otros amigos estaban jugando fuera, y cuando me vieron salir con Qui-Gon y mi mochila, sabían que algo inusual estaba sucediendo. Le dije a Kitster que era libre y que iba a irme del planeta. Por supuesto, no podía decirle por qué. Me dijo que todo el mundo quería que me quedara porque era un héroe. Eso me hizo sentir un poco mal.

Entonces me dijo que era el mejor amigo que había tenido nunca, y eso me hizo sentir bien.

Un poco más abajo en la calle, Qui-Gon estaba esperándome. Empecé a andar hacia él, pero cuando miré atrás vi a Mamá en la puerta de nuestra casa. Ese era el único lugar en el que recordaba vivir. Y ella era la única persona de mi familia. Sentí un vuelco en la garganta y una gran tristeza en mi interior. Volví hacia ella y le dije que no podía hacerlo. Que no podía simplemente irme y abandonarla.

Mamá me recordó de la vez que trepé la Gran Duna para espantar a los banthas antes de que los cazadores pudieran dispararles. Era un día caluroso y nunca pensé que llegaría

a la cima, pero supe que tenía que intentarlo. Incluso me caí un par de veces. Pero de algún modo lo logré.

Y debido a eso, un pequeño rebaño de banthas había vivido.

Mamá dijo que este era uno de esos momentos en los que tenía que sorprenderme a mí mismo. Tenía que hacer algo que no creía que pudiera hacer. Porque, al igual que salvar a aquellos banthas, algo bueno saldría de ello.

Tenía que irme.

Cuando le pregunté si la vería de nuevo, ella volvió a mirarme y asintió. Nunca olvidaré lo que dijo:

—¿Qué te dice tu corazón?

Era extraño, pero justo entonces mi sueño volvió a mí. Podía ver ahora cómo ciertamente todo se hacía realidad. Volvería. Me convertiría en un Jedi, entonces algún día volvería y liberaría a todos los esclavos.

—Sí, eso creo, —dije yo.

Mamá sonrió y asintió.

—Entonces nos veremos de nuevo.

Saber eso me dio fuerzas para continuar hacia delante.

Me uní a Qui-Gon. Teníamos que ir a la tienda de Watto primero. Habría preferido no volver a ver nunca a mi antiguo amo, pero había formularios que completar que garantizaran mi libertad. Y el transmisor oculto en mi cuerpo tenía que ser desactivado.

Watto se quejó una o dos veces de lo injustamente que sentía que se le había tratado, pero cuando Qui-Gon le dio una mirada seria, se calló… rápido.

Qui-Gon quería que corriera de vuelta a la nave, pero había una última parada que tenía que hacer antes de irme de Tatooine. Tenía que volver al mercado y encontrar a Jira.

La encontré en su stand y le dije que había sido liberado y que me iba a ir. Entonces le di algunos de los créditos de la venta de mi Vaina de carreras y le dije que se consiguiera esa unidad refrigeradora que le prometí.

Ella me dio un abrazo y me dijo que me echaría de menos.

Me volví y me alejé con Qui-Gon. Nos apresuramos a través de las calles calientes, quemadas por el sol de Mos Espa. Estuve sorprendido por el sentimiento de añoranza creciendo en mi interior. ¿Echar de menos *este* lugar caliente y embarrado? No podía creerlo. Y aún así sabía que lo haría.

De repente Qui-Gon se balanceó. La hoja brillante de su sable láser cortó algo flotando en el aire cerca de nosotros. Estaba asombrado. Pensé que mis fintas eran buenas, pero no eran nada comparadas a la forma en que Qui-Gon reaccionaba.

La cosa que había cortado en el aire era del tamaño de una hogaza de pan. Ahora partida en dos, sus partes yacían chispeando y siseando en el suelo. Qui-Gon se arrodilló y lo estudió con cuidado. Le pregunté qué era. Un droide sonda, dijo él, pero distinto a cualquiera que hubiera visto antes.

Miró alrededor rápidamente. El droide era una mala señal. Un momento más tarde estábamos corriendo tan rápido como podíamos hacia la nave.

* * *

Corrimos por las arenas calientes en las afueras de Mos Espa. Quería preguntar a Qui-Gon por qué estábamos corriendo, pero estaba demasiado ocupado tratando de seguirle el ritmo. Pronto pude ver el navío espacial Nubian delante, sobre sus patas de aterrizaje. Era una belleza. Esbelta con alas dobladas hacia atrás, era tan fina como cualquier nave espacial que hubiera visto.

Sin advertencia Qui-Gon se giró y me gritó que me tirara al suelo. Hice lo que me dijo, y ni un segundo demasiado pronto. Una figura con capa oscura en una moto speeder pasó disparada sobre mí. Si hubiera estado en pie habría sido atropellado. En un flash la figura oscura saltó al suelo y encendió un sable láser. Medio segundo más tarde él y Qui-Gon estaban intercambiando golpes de sable láser que hacían temblar el suelo.

Incluso la peor Carrera de vainas era menos aterradora y peligrosa que esto. No sabía quién era ese guerrero oscuro, pero atacaba a Qui-Gon tan violentamente que el Caballero Jedi apenas podía defenderse de los golpes.

Este guerrero era extraño y de aspecto malvado. Con forma de humano, su cara estaba cubierta de marcas rojas y negras. Unos cuernos cortos y puntiagudos crecían de su cabeza.

Qui-Gon parecía estar en problemas, pero yo sabía que no había forma en que pudiera ayudar. Me gritó que fuera a la nave y le dijera a los otros que despegaran.

Eso podía hacerlo. Me levanté de la arena y empecé a correr. Justo sobre la rampa de abordaje y a través de la escotilla del Nubian. Padmé y un hombre con uniforme de capitán estaban dentro. Yo solté lo que estaba sucediendo y lo que Qui-Gon había dicho.

Se apresuraron hacia la plataforma de vuelo. Me quedé cerca de la escotilla y observé la batalla de fuera. No es que pudiera ver mucho. Sólo la nube de polvo y los flashes brillantes de los sables láser.

Tan aterrador como era, también me dio un momento para divagar. Había oído de los viajeros que pasaban por Mos Espa que los Jedi eran los luchadores más poderosos de la galaxia. Pero esa cosa de capa oscura parecía al menos tan fuerte como Qui-Gon. ¿Qué podría ser?

Con una ligera sacudida, el navío espacial de Naboo se elevó del suelo. Durante un segundo pensaba que íbamos a despegar sin Qui-Gon. Pero la nave se alzó sólo un par de metros y entonces empezó a moverse… hacia delante hasta la batalla.

* * *

La nave se giró ligeramente y traté de observar la batalla a través de la ventana. Mientras tanto, el piloto estaba apuntando la nave hacia ellos. La escotilla aún estaba abierta. Rápidamente entendí el plan. No iban a abandonar a Qui-Gon… ¡iban a recogerle! Simplemente esperaba que averiguaran cómo hacerlo sin recoger también a ese guerrero oscuro.

Estábamos más altos ahora. Quizás a media docena de metros del suelo. ¡De repente Qui-Gon apareció fuera de la nube de caos bajo nosotros! ¡Simplemente saltó hasta la rampa!

Pero un instante más tarde, ¡el guerrero oscuro también apareció en la rampa!

Qui-Gon balanceó su sable láser tan fuerte como pudo hacia su atacante.

¡Crack! Toda la nave se estremeció por el impacto.

Observé asombrado mientras el guerrero caía de vuelta al suelo. Aterrizó sobre sus pies y alzó la mirada hacia nosotros con los ojos amarillos más malvados que había visto nunca. Sólo su visión me hizo estremecerme.

La escotilla se cerró de golpe. Apenas tuve tiempo de agarrarme a una agarradera antes de que la nave se lanzara hacia arriba.

Contuve el aliento y observé cambiar al cielo. Bajo nosotros, Mos Espa ya no era más que una caja de arena y se volvía más pequeña cada vez.

Entonces el cielo cambió de azul a negro, y estaba mirando abajo a un planeta desnudo, de color arena. Más allá brillaban mis familiares soles gemelos. Por todo lo demás, el cielo estaba lleno de estrellas brillantes.

Por primera vez en mi vida, estaba en el espacio.



Octava Entrada

La Reina

Podría haberme quedado en esa ventana mirando a las estrellas un largo rato. Pero estaba preocupado por Qui-Gon. El Caballero Jedi había colapsado en el suelo dentro de la escotilla. Erredós-Dedós ya estaba allí. Un joven al que no había visto antes también estaba allí. Una mirada a sus ropas y a su sable láser y supe que también era un Jedi.

Qui-Gon estaba respirando con fuerza. Su cara estaba húmeda de sudor y manchada de polvo y tierra. Le pregunté si estaba bien y él dijo que eso creía, pero podía ver que estaba agitado. El guerrero oscuro había venido por sorpresa por completo.

El Jedi más joven le preguntó a Qui-Gon qué pensaba que era el guerrero. Qui-Gon dijo que no estaba seguro, pero que el guerrero estaba bien entrenado en las artes Jedi.

Eso me confundió. ¿Cómo podías estar bien entrenado en las artes Jedi y no ser un Jedi? Pero aún más confuso era lo que Qui-Gon dijo a continuación… que pensaba que el guerrero había venido tras la Reina.

Le pregunté a Qui-Gon si pensaba que el guerrero oscuro seguiría nuestra nave. Él respondió que estaríamos más seguros una vez entráramos en el hiperespacio, pero no tenía dudas de que el guerrero conocía nuestro destino final.

El pensamiento de encontrarnos con el guerrero oscuro de nuevo me hizo estremecerme. Pregunté qué podíamos hacer con él.

Antes de que Qui-Gon pudiera responder, el otro Jedi me dio una mirada confundida.

—Anakin Skywalker, conoce a Obi-Wan Kenobi, —dijo Qui-Gon.

Sostuve la mano para sacudir la suya.

Pero cuando nos dimos la mano, el nuevo Jedi me miró con una ceja alzada.

No creía que le gustara.

* * *

Estábamos en el hiperespacio. Las partes que Qui-Gon había comprado a Watto habían funcionado y estábamos ahora moviéndonos más rápido que la velocidad de la luz. El hiperespacio es un vacío silencioso, y los únicos sonidos en la nave eran los zumbidos de los sistemas de navegación y soporte vital. Obi-Wan Kenobi se había llevado a Qui-Gon a su cuarto para descansar después de la batalla.

Obi-Wan era más bajo que Qui-Gon. Excepto por la trenza que colgaba sobre su hombro derecho y una pequeña coleta, tenía el pelo corto. Imaginaba que era un aprendiz del Jedi mayor.

Con Qui-Gon en otra parte de la nave, estaba solo, y frío.

De hecho, estaba temblando. El navío espacial de Naboo estaba helado.

Me senté en una esquina y metí mis rodillas bajo mi barbilla para tratar de permanecer caliente. Ahora que había silencio, me sentía muy solo. Había abandonado mi hogar con unos extraños para ir a un lugar al otro lado de la galaxia. Coruscant estaba tan lejos que nunca podría ser capaz de volver a casa. Sabía que Qui-Gon quería cuidar de mí, pero después de su combate con el guerrero oscuro él tenía sus propios problemas. Aún sería difícil de creer que hubiera guerreros en la galaxia que pudieran igualarse, o incluso ser mejores, que un caballero Jedi. Pero ahora sabía que los había. Y si algo le sucedía a Qui-Gon, ¿quién me presentaría ante el Consejo? ¿Quién me entrenaría en los caminos de los Jedi?

¿Quién creería que siquiera tenía lo que se necesitaba para convertirme en Jedi?

Sentí a alguien observándome y alcé la mirada. Era Padmé. Preguntó si tenía frío y admití que sí. Me dio su chaqueta y me preguntó sobre ser de un planeta caliente como Tatooine. Decía que el espacio era frío. Le dije que ya había averiguado eso.

Padmé parecía preocupada, así que le pregunté qué pasaba. Me dijo que la Reina tenía problemas. La gente de Naboo estaba sufriendo. Algunos incluso estaban muriendo.

Estaba ahí sentado deseando tener una forma de animarla cuando recordé el colgante de japor. Lo saqué de mi bolsillo y se lo di. Le dije que siempre le haría acordarse de mí y que le traería buena suerte.

Tengo que admitir que estaba un poco más que nervioso. Padmé no sólo era hermosa, sino que podía decir por sus ropas delicadas y sus modales gentiles que estaba acostumbrada a las cosas muy finas. No estaba seguro de cómo se sentiría por llevar un colgante de madera tallado por un chico.

Pero Padmé sonrió e inmediatamente se lo puso. Dijo que le encantaba. Y dijo que no necesitaría nada para acordarse de mí. Ella prometió que nunca me olvidaría.

* * *

Estaba en la cabina de mandos de la nave espacial cuando el piloto nos sacó del hiperespacio. Estábamos en el núcleo interior de la galaxia. El cielo estaba denso con estrellas y sistemas parpadeando brillantemente.

Directamente bajo nosotros estaba Coruscant, la capital de la República Galáctica. Había soñado con visitar Coruscant, pero era aún mejor que lo que había imaginado. Todo el planeta estaba cubierto de una ciudad enorme y extensa con edificios de todos los tamaños y formas imaginables. Algunos eran tan altos que sus agujas metálicas perforaban las nubes.

Empezamos a descender hacia el planeta. La ciudad sin fin tenía cañones como Tatooine, pero eran cañones entre edificios. El espacio aéreo estaba obstruido con cientos de vehículos diferentes… desde pequeños speeders mensajeros a enormes transportes de movimiento lento.

Nos movimos hasta una carretera de tráfico y entonces hacia una plataforma de aterrizaje flotante. Qui-Gon y Obi-Wan Kenobi se unieron a Jar Jar y a mí cerca de la escotilla.

Un grupo de gente de aspecto importante estaba esperando en la plataforma de aterrizaje. Antes de que la escotilla se abriera, Qui-Gon nos enseñó a Jar Jar y a mí cómo inclinarnos y mostrar respeto. Nos dijo que permaneciéramos fuera del camino y que hiciéramos lo que él y Obi-Wan.

Cuando la escotilla se abrió, hicimos lo que nos dijeron y nos movimos hacia el borde de la plataforma para echar un vistazo más de cerca a la enorme ciudad que nos rodeaba. Creo que Jar Jar estaba incluso más sorprendido que yo. Simplemente miraba y miraba con sus grandes ojos de rana.

Mientras tanto, mantuve un ojo sobre lo que estaba sucediendo detrás de nosotros. Me alegré de hacerlo o me habría perdido lo que sucedió después. Varios guardias bajaron por la rampa, ¡*y entonces vino la Reina Amidala*!

Difícilmente podía creer que estuviera tan cerca de la realeza. Era obvio que ella era poderosa. Podías decirlo por su cara blanca de maquillaje, y sus atavíos reales negros y dorados. En su cabeza había un tocado hecho de grandes plumas negras. ¡Los hombres importantes ante los que me acababa de inclinar estaban ahora inclinándose ante ella!

Detrás de la Reina salieron tres doncellas llevando unas capas de colores fogosos. Padmé era una de ellas.

Padmé me dio una rápida sonrisa mientras la Reina hablaba en una voz de susurro a los hombres de aspecto importante que habían llegado para saludarla. Podías ver que esto no era sólo un comité amistoso de bienvenida. Sus caras eran serias y sus susurros sonaban urgentes.

Entonces la Reina y sus guardias y doncellas se movieron hacia una lanzadera aérea que les esperaba.

Nos hizo un gesto para que la siguiéramos.

* * *

Jar Jar y yo fuimos llevados a un gran edificio. Fuimos mandados a una sala de espera y nos dijeron que esperáramos allí. Padmé tenía que ir a alguna parte, y yo observé a través

de una entrada mientras la Reina Amidala se sentaba en un trono y tenía más reuniones con hombres de aspecto importante en uniforme. Sus caras eran sombrías y había un montón de sacudir de cabezas.

Algo estaba pasando seriamente. Por los trozos y pedazos que fui capaz de oír por encima en la lanzadera aérea, supe que un grupo llamado la Federación de Comercio había rodeado el planeta Naboo con enormes naves de combate. No se permitía la entrada ni salida de suministros a Naboo, y eso era por lo que la gente de la Reina estaba sufriendo.

¿Pero qué tenía eso que ver con el guerrero oscuro? Era esa parte la que aún no podía entender. Él era un sólo ser. Decidí que debía ser parte del problema, pero que tenía que haber más en ello. Algo incluso más serio estaba sucediendo.

Jar Jar y yo esperamos. Me sentía mal por él porque parecía tan solo y perdido como yo. Al menos yo tenía un motivo para venir a Coruscant. Qui-Gon me había traído para ver si me podía convertir en un Jedi. Jar Jar parecía estar aquí porque no tenía ningún otro sitio al que ir.

Le pregunté por qué no estaba con su gente. En su extraña lengua, Jar Jar explicó que había sido desterrado por destrozar el vehículo favorito de su líder. El resto todo había sucedido por accidente. ¡Había estado sentado en un pantano de Naboo un día disfrutando de una comida cuando fue atrapado por una invasión! Fue salvado por Qui-Gon, y había estado con el Caballero Jedi desde entonces.

Llegó un mensajero diciendo que en un rato sería recogido en taxi y llevado al Templo Jedi. Las palabras de Qui-Gon volvieron a mí. Recordaba que si era aceptado para el entrenamiento Jedi, estaría ocupado un largo tiempo. Me di cuenta de que esta podría ser mi última oportunidad de ver a Padmé. Quería encontrarla.

Dejé la sala de espera y caminé por un pasillo. Por supuesto, no tenía ni idea de dónde estaba nada, o dónde podría encontrar a Padmé. Así que busqué pistas. Finalmente encontré lo que estaba buscando. Una doncella vino junto a mí llevando un bol de frutas. Había una probabilidad de que se lo estuviera llevando al cuarto de la Reina, donde esperaba encontrar a Padmé.

La doncella giró varios pasillos y entonces fue a través de una puerta vigilada por dos guardias. Eso parecía prometedor, pero vacilé de todos modos. Me sentía nervioso. No sabía qué harían los guardias cuando me vieran. ¿Y si era un área restringida y se suponía que no debía estar en el pasillo?

Requirió más coraje caminar por ese pasillo y enfrentarme a aquellos guardias que lo que había requerido en mi Vaina al correr contra Sebulba. Pero lo hice. Por Padmé.

Por suerte para mí, los guardias eran amables. Supongo que tener nueve años tiene sus ventajas. Les dije que estaba buscando a Padmé. Uno de ellos habló por un comunicador y entonces me dijo que pasara por la puerta que estaban protegiendo.

Fui a la pequeña sala. Al otro extremo había una puerta abierta y podía ver dentro de una habitación más grande. Otra de las doncellas de la Reina me saludó. La había visto

salir de la nave con Padmé. No conocía su nombre, pero ella conocía el mío. Por la sonrisa en su cara podía ver que ya sabía por qué había venido.

Me decepcioné cuando me dijo que Padmé no estaba allí. Esperaba marcharme entonces, pero de repente una voz me llamó desde la otra habitación, preguntando quién era. La doncella gritó que era Anakin Skywalker, que estaba allí para ver a Padmé.

Lo que ocurrió después me cogió completamente por sorpresa: la Reina Amidala en persona vino a la entrada. Recordando las instrucciones de Qui-Gon, me incliné al instante, entonces alcé la mirada hacia ella.

La Reina estaba llevando ahora una bata vistosa y una corona de perlas y borlas con forma de abanico. Una única marca roja había sido pintada en cada una de sus mejillas. Ella dijo que le daría el recado a Padmé.

Me disculpé por molestarla y le expliqué que había sido llamado al Templo Jedi donde esperaba empezar mi entrenamiento. Me preocupaba que no pudiera ver a Padmé de nuevo. Había venido a decir adiós.

La Reina dijo que le daría a Padmé mi mensaje. Padmé debía haberle hablado de mí porque la Reina dijo que estaba segura que el corazón de Padmé iría conmigo.

Me sentí mal por no lograr ver a Padmé. Pero le di gracias a la Reina, y me fui para encontrar el taxi que me llevaría al Templo Jedi.

Donde mi futuro iba a ser decidido.



Novena Entrada

El futuro es incierto

Incluso en el vasto planeta ciudad de Coruscant, podías ver el Templo Jedi desde la distancia. No sólo era enorme, su forma de pirámide de punta plana era distinta a cualquier otro edificio a su alrededor.

Una vez más tuve que esperar en una habitación fuera de una cámara principal. Y de nuevo hacía frío. Al contrario que el sistema estelar dual por el que giraba Tatooine, Coruscant rodeaba a una única estrella.

Mientras esperaba en la habitación, me percaté de algo escrito sobre la puerta.

No existe emoción; sólo existe paz.

No existe ignorancia; sólo existe conocimiento.

No existe pasión; sólo existe serenidad

No existe muerte; sólo existe la Fuerza

Las palabras eran brillantes y crudas. De repente sentí un poco de miedo.

¿Emoción? Hasta ahora, bastante de mi vida había involucrado emociones como la rabia, y el miedo, e incluso el odio. ¿Cómo podías crecer siendo esclavo en Tatooine y *no* conocer esas emociones?

¿Ignorancia? No tuve que pasar mucho tiempo con gente culta como Qui-Gon y Padmé para darme cuenta de que había crecido rodeado por la ignorancia. Los niños esclavos no recibían ninguna educación o entrenamiento. Lo que aprendíamos, lo aprendíamos por nuestra cuenta. E incluso aunque mi madre me enseñó todo lo que sabía, me daba cuenta ahora de cuánto tenía aún por aprender.

¿Muerte? Incluso a mi corta edad, había visto multitud de ella.

Estaba poniéndose el sol cuando Qui-Gon finalmente vino a por mí. Se disculpó por hacerme esperar tanto y me explicó que el Consejo tenía varios asuntos serios inusuales con los que tratar ese día. No le pregunté cuáles eran esos asuntos. Qui-Gon me lo habría dicho si quisiera que lo supiera. Pero tenía un presentimiento de que el guerrero oscuro era uno de ellos.

Qui-Gon me llevó dentro de la cámara del Consejo. La habitación era circular, su techo con cúpula, sus paredes perfiladas de grandes ventanas que miraban a la ciudad. Me encontré a mí mismo con Qui-Gon y Obi-Wan, rodeado de doce miembros del Consejo Jedi. Hombres, mujeres, humanos, y otros seres, estaban sentados en un círculo. Pero el más extraño era el que parecía ser el más importante. Era un Jedi tan distinto como podía haber imaginado.

Le llamaban Yoda y no era mayor que un jawa. Pero al contrario que un jawa, cuya cara siempre estaba oculta por una capucha, la cabeza casi desnuda de Yoda, arrugada, estaba descubierta. Su complexión era de un verde claro. Tenía una amplia frente, ojos saltones, y unas orejas largas, puntiagudas que se extendían de cada lado de su cráneo. Si me lo hubiera encontrado en las calles de Tatooine, probablemente no lo habría mirado dos veces. Pero admito que estaba sorprendido de encontrar a tal criatura a la cabeza del Consejo Jedi.

Desearía poder decir que fui recibido con sonrisas de bienvenida y brazos abiertos. Pero el Consejo Jedi me dio miradas de gravedad. Sólo la cara de Yoda revelaba una expresión abierta y cálida.

En una voz baja y grave, Yoda me dijo que debería relajarme y vaciar mi mente. Se me harían algunas preguntas. Todo el mundo se quedó en silencio. Otro Jedi de aspecto importante cuyo nombre era Mace Windu, cogió una pequeña pantalla, pero no podía decir qué había en ella.

Preguntó qué veía en mi mente y se lo dije: un Crucero de la República. Una copa rodiana. Un speeder hutt…

Mace Windu asintió y giró la pantalla. Yoda me preguntó cómo me sentía y le dije la verdad. Me sentía frío. Entonces me preguntó si tenía miedo y le dije que no.

Mace Windu me preguntó si tenía miedo de abandonar mi vida.

Supongo que vacilé ahí un momento. Pensé en Mamá. En cómo la echaba de menos y lo infeliz que ella estaría si yo muriera.

Entonces me di cuenta de lo que había hecho. Pero era demasiado tarde. Habían visto mis pensamientos. Sabían que echaba de menos a Mamá. Creo que eso me enfadó un poco. Habían leído mis pensamientos tan claramente y sabían algo sobre mí que yo no quería que supieran. Cuando Yoda preguntó si tenía miedo de perderla, le solté que qué tenía que ver eso con nada.

—Todo, —respondió con calma Yoda—. El miedo es el camino al lado oscuro… el miedo lleva a la rabia… la rabia lleva al odio… el odio lleva al sufrimiento.

Me entró el pánico. ¡Estaba fallando la prueba! Y eso me hizo enfadar *de verdad*. Llegar tan cerca de mi sueño… no podía fallar. Simplemente no podía. Insistí en que no tenía miedo.

Los miembros del Consejo miraron a Yoda, que asintió con conocimiento.

—Un Jedi debe tener la entrega más profunda, la mente más seria, —dijo lentamente—. Percibo mucho miedo en ti.

Luché contra el impulse de discutir. En su lugar sabía que tenía que responder con calma y firmemente. Y sin rabia. Recordé lo que estaba escrito fuera: *no existe pasión; sólo existe serenidad*.

—No tengo miedo, —dije suavemente.

Las caras de los otros Jedi estaban en blanco. No podía decir si me creían. Pero Yoda dijo que podíamos continuar…

* * *

Más preguntas siguieron. Hice lo que pude por responderlas honestamente y por no dejar que mis emociones se metieran en el camino.

Cuando las preguntas terminaron, Qui-Gon, Obi-Wan, y yo dejamos la habitación y esperamos fuera. Ninguno de los dos Jedi que estaban conmigo reveló mucho. Percibía que Qui-Gon estaba ansioso y con esperanzas. Extrañamente, el sentimiento de Obi-Wan parecía ser el opuesto exacto. De él percibía impaciencia, e incluso molestia de que tuviera que estar aquí con Qui-Gon y conmigo. Estaba bastante seguro de que no le gustaba.

Mientras tanto, los miembros del Consejo hablaban en silencio. Recordando lo fácilmente que Yoda y los otros habían leído mis pensamientos, me preguntaba si ahora estaban compartiendo sus propios pensamientos sobre mi futuro. Debía haber sido capaz de controlar mis pensamientos, pero no podía controlar mi corazón. Estaba palpitando con tanta fuerza como si estuviera en la recta final de una Carrera de vainas.

Finalmente, fuimos llamados de vuelta a la cámara del Consejo. Yoda y los otros Jedi hablaron, dijeron que mis células corporales contenían una alta concentración de algo llamado *midiclorianos* y que la Fuerza era poderosa en mí.

Qui-Gon parecía contento. ¡Suponía que eso significaba que estaban de acuerdo con él y que yo iba a ser entrenado!

Pero sus palabras se encontraron con un silencio incómodo.

No, dijo Mace Windu. No sería entrenado.

No pude detener las lágrimas que de repente inundaron mis ojos. ¡Había venido por todo este camino! Decían que la Fuerza era poderosa en mí. ¿Cómo podían hacer esto?

Qui-Gon parecía aturdido y preguntó al Consejo Jedi el motivo. Mace Windu explicó que era demasiado mayor para empezar el entrenamiento.

¿Demasiado *mayor*? ¡Sólo tengo nueve años! Sonaba loco, pero entonces recordé lo que un viejo viajero me había dicho una vez. Sabía sobre los Jedi e incluso había pilotado con ellos en batalla hacía tiempo. Recordaba ahora que había dicho que los Jedi eran casi siempre identificados antes de que tuvieran un año.

Entonces Mace Windu añadió que el Consejo percibía que había demasiada rabia dentro de mí.

Quería decirles que se equivocaban. Si había rabia en mí podía controlarla. ¡Podía superarla! Pero sabía que tenía que parecer calmado. No podía dejarles saber que me estaba sintiendo enfadado.

Qui-Gon discutió algo más. Se negaba a aceptar la decisión del Consejo. Era el elegido, dijo él, y ellos tenían que aceptarlo.

¿El *elegido*?

Incluso Obi-Wan reaccionó a aquellas palabras, mirando con sorpresa a Qui-Gon y entonces a mí.

Yoda sólo diría que mi futuro estaba nublado. No podían estar seguros.

No lo entendía. ¿A qué se referían con el elegido? ¿Por qué había pasado por todo esto y dejado la única vida que conocía si no podía convertirme en un Jedi?

Qui-Gon luchó y luchó. Dijo que incluso si el Consejo no estaba de acuerdo me entrenaría como su propio Aprendiz Padawan.

Obi-Wan parecía aturdido. Su mandíbula cayó y por un segundo pensé que desafiaría a Qui-Gon. Pero entonces se contuvo. Pude haberlo imaginado, pero por medio segundo pensé que había entornado los ojos hacia mí antes de volver a mirar al Consejo.

Por las miradas en las caras de los miembros del Consejo, sabía que Qui-Gon había ido demasiado lejos. Yoda dijo que era imposible que Qui-Gon me tomara de aprendiz mientras tuviera uno. Qui-Gon le dijo al Consejo que Obi-Wan estaba preparado.

Junto a él el joven Jedi asintió y dijo que estaba preparado para enfrentar las pruebas para convertirse en Caballero Jedi.

De nuevo, las caras del Consejo decían que no estaban de acuerdo. Yoda dijo que dudaba de que Obi-Wan estuviera preparado, incluso aunque Qui-Gon dijera que le había enseñado al joven Jedi todo lo que podía.

De repente la discusión se detuvo. Mace Windu informó al Consejo de que la decisión sobre mi futuro debía esperar. El Senado estaba votando a un nuevo Canciller Supremo. La Reina Amidala iba a volver a su hogar natal en el planeta Naboo. Eso ampliaría la confrontación con la Federación de Comercio.

Yoda añadió que también atraería al atacante de la Reina. Pese a todos mis sentimientos mezclados, ahora estaba seguro de que Yoda estaba hablando del guerrero oscuro. Tenía miedo por la Reina, pero admito que pensé en Padmé primero. Ya que ella atendía a la Reina, su vida también estaría en peligro.

Los consejeros hablaban en tonos serios. Uno de ellos dijo que los eventos se estaban moviendo demasiado rápido. Realmente estaban preocupados. Mace Windu le dijo a Qui-Gon y a Obi-Wan que fueran con la Reina a Naboo. Quería que protegieran a la Reina y descubrieran la identidad del guerrero oscuro.

Y entonces escuché una palabra que sólo había oído una vez antes. Una cosa que dudaba que realmente existiera.

Hasta ahora.



Décima Entrada

Pasado y futuro

Como he dicho antes, todo tipo de extraños y aterradores viajantes pasaban por Tatooine. Eso incluía algunos droides bastante raros y viejos.

Un día, cerca de un año antes de que la nave de Qui-Gon aterrizara en Tatooine, estaba buscando algo en el montón de chatarra de Watto cuando me topé con un viejo droide de guerra. Esta unidad era *realmente* antigua. Estaba cubierta de una placa de armadura oxidada e incluso tenía una caja de fusibles… algo de lo que sólo había oído hablar.

Curioso por las viejas tecnologías, lo arrastré tras la tienda y esperé a que Watto se fuera. Entonces le enganché una fuente de energía universal, sólo para ver qué sucedería. Como sospechaba, la unidad estaba congelada. La mayoría de sus articulaciones se habían secado hacía tiempo.

Pero su electrónica aún estaba intacta y parecía tener un holoproyector que funcionaba. Sabía que Watto querría un holoproyector que funcionara, sin importar lo viejo que fuera. Siempre podía vendérselo a algún mecánico local que tratara de construir su propio droide.

Estaba a mitad de probar el proyector cuando una holografía surgió. Mostraba algún tipo de batalla antigua, pero la proyección visual era realmente mala. Me sentí decepcionado. Quizás no merecía la pena salvar el proyector después de todo.

Estaba a punto de abandonar cuando el audio se encendió. También era de muy mala calidad, y principalmente estática. Pero podía escuchar gritos y gruñidos y pánico. Algo sobre los Sith esto y los Sith aquello. Realmente no podía evaluar lo que estaba sucediendo. Todo lo que podía decir es que fueran lo que fueran estas cosas Sith, eran muy, muy malas.

Pasé la secuencia una y otra vez, tratando de echar un vistazo a esta cosa Sith y averiguar qué podría ser tan terrible de ella.

Mientras los gritos de terror me helaban la sangre, estaba un poco fascinado y curioso. Pero entonces el holoproyector dejó de funcionar.

No podía quitarme esos vagos sonidos e imágenes de la mente. De camino a casa ese día pasé por algunas de las cantinas que bordeaban el mercado. Sentado fuera había un piloto del espacio profundo que a veces veía alrededor. De acuerdo a mis amigos, había aterrizado en Tatooine sin combustible ni dinero y parecía contentarse con pasar el resto de sus días sentado a la sombra de los soles gemelos, contándole a cualquiera que escuchara historias sobre su vida y sus viajes. Fue uno de los primeros que me habló de los ángeles de las lunas de Iego.

El viejo viajero me hizo un gesto, y yo fui para charlar. Sabía que era auténtico porque tenía la insignia de la corporación de combate de la Antigua República en su túnica. Después de unos momentos le pregunté si alguna vez había oído hablar de un Sith. Para ser honesto, esperaba que se riera entre dientes y sacudiera la cabeza.

En su lugar, el viejo viajero se puso pálido. Sus ojos se abrieron como platos y su mandíbula se abrió. Empezó a mirar alrededor con una expresión de pánico. ¿Dónde había oído de ellos? Quería saberlo. ¿Habían vuelto? ¿Estaban en Tatooine?

Me tomé un par de minutos para explicarle que simplemente había visto una holografía antigua. Un par de minutos más pasaron antes de que se calmara lo suficiente como para contarme la historia.

Dijo que lo de los Sith había sucedido hacía miles de años. Fueron fundados por un Caballero Jedi loco que creía que la auténtica Fuerza no recaía en la luz, sino en la oscuridad. Reclutó a otros y los entrenó en el arte de la batalla. Por una vez los Lords Sith fueron los guerreros más temidos de la galaxia. Aún más feroces que los Jedi. Porque al contrario que los Jedi, los Sith eran malvados y amaban la guerra, no la paz.

Las buenas noticias eran que su maldad finalmente se volvió contra ellos y empezaron a luchar los unos contra los otros. Pronto todos salvo un par fueron destruidos, y los Jedi fueron capaces de librarse del resto.

O eso se decía. Alguna gente pensaba que un Lord Sith había sobrevivido en secreto. En algún momento alguien informaría de haberle visto, pero ninguno de los rumores había sido nunca demostrado.

Hasta ahora, aquí en la cámara del Consejo Jedi. Había oído pronunciar la palabra Sith de nuevo. Y supe que eso era lo que Qui-Gon pensaba que era el guerrero oscuro.

Si la Reina Amidala estaba siendo acechada por un Lord Sith, ¡sabía que estaba *realmente* en peligro! Estaba tan preocupado por ese pensamiento que apenas escuché a Yoda decirle al Consejo Jedi que mi destino como Jedi sería decidido en otro momento.

Qui-Gon dijo que tendría que quedarme con él, ya que no tenía ningún otro sitio al que ir. Yoda y los otros estuvieron de acuerdo, pero advirtieron a Qui-Gon que mientras le acompañara, yo no iba a ser entrenado.

Cuando dejé el Consejo Jedi la cabeza me daba vueltas. ¡Había sucedido tanto y se habían discutido tantas cosas diferentes! No sabía qué pensar. Estaba la duda sobre mi

futuro como Jedi. Y el descontento obvio de Obi-Wan conmigo. Pero también la amenaza a la Reina y el peligro que Padmé debería enfrentar…

Y ahora yo tenía que irme con Qui-Gon y Obi-Wan al planeta Naboo, donde intentarían proteger a la Reina contra el misterioso y malvado Lord Sith. Mentiría si dijera que no estaba asustado. Pero también excitado por irme.

Para mí, Coruscant había sido un lugar en el que todo el mundo me trataba como a un niño. Me sentía indefenso allí. Sólo podía esperar que fuera diferente en Naboo.

* * *

Coruscant por la noche es tan asombroso como por el día. Todo el planeta está iluminado por las luces de su única y extensa ciudad. Estaba en la plataforma de aterrizaje ventosa con Qui-Gon, Obi-Wan, y Erredós-Dedós. Desde la reunión del Consejo, los dos Jedi habían estado tensos e incómodos el uno con el otro. Ahora, en la plataforma, sus sentimientos salieron finalmente. Podía ver las miradas de esfuerzo en sus caras mientras hablaban, pero sus palabras se las llevaba el viento.

Deseaba poder escuchar lo que estaban diciendo. Entonces recordé cómo, en el Templo Jedi, me dijeron que me relajara y abriera mi mente, y cómo había sido capaz de imaginar las imágenes de la pantalla de Mace Windu cuando lo hice.

Traté de hacer lo mismo ahora. Los Jedi probablemente eran habilidosos al enmascarar sus pensamientos si sospechaban que alguien estaba escuchando. Pero dudaba que esperaran eso de mí. Y así «escuché» y supe que Obi-Wan pensaba que el Consejo tendría razón en negarme el entrenamiento Jedi. Decía que todo el Consejo percibía que yo era peligroso.

¿Peligroso? Tuve que refrenarme para no discutir. ¿Cómo podía decir Obi-Wan que yo era peligroso? ¡Ni siquiera me *conoce*! Pero eso, me di cuenta, era el punto. Porque Obi-Wan no me conocía, no podía discutir sobre mí personalmente. Era la *idea* de mí — ya con nueve años, pero con unos midiclorianos muy altos— de lo que estaba hablando.

Me alegré bastante cuando Qui-Gon dijo que mientras que mi destino podía ser incierto, no era peligroso. Recordó a Obi-Wan que el Consejo no había tomado su decisión final.

Entonces le dijo al joven Jedi que fuera a bordo del navío espacial de Naboo. Obi-Wan subió renuentemente por la rampa de abordaje.

Me alegré de que se fuera porque quería la oportunidad de decirle a Qui-Gon lo que estaba pensando. Que incluso aunque estaba ansioso por ir a Naboo, quizás no debería. Debido a los problemas más serios a los que se estaban enfrentando —el bloqueo de la Federación de Comercio y la amenaza del Lord Sith— no quería estar en el camino.

Qui-Gon me aseguró de que no sería una molestia. Dijo que no iría contra el Consejo al entrenarme, pero que eso no quería decir que no pudiera observarle y aprender. Sobre todo, iba a quedarme cerca de él, porque de esa forma estaría a salvo.

Parecía que estaba esperando a la Reina y que no tenía prisa por subir a bordo de la nave, así que le pregunté algo más que me estaba molestando. ¿Qué eran los midiclorianos?

Qui-Gon me explicó que eran formas de vida microscópicas que vivían en todas las células del cuerpo y se comunicaban con la Fuerza. En cierto modo, las dos formas de vida dependían la una de la otra. Los midiclorianos nos necesitaban para vivir y nosotros los necesitábamos para conocer la Fuerza. Decía que eran los midiclorianos los que nos decían la voluntad de la Fuerza y que cuando aprendiera a tranquilizar mi mente, sería capaz de escucharlos.

Por mi experiencia sólo unos momentos antes en la plataforma de aterrizaje, estaba empezando a tener una sensación de lo que quería decir. Quería preguntarle más, pero fuimos interrumpidos por la llegada de un transporte aéreo que llevaba a la Reina.

Qui-Gon saludó a Amidala, que parecía contenta de verle. Oí por encima que la Reina decía que estaba preocupada de que la Federación de Comercio quisiera destruirla. El Caballero Jedi le prometió que eso no sucedería.

La Reina tenía un pequeño grupo con ella, pero antes de que pudiera buscar a Padmé, Jar Jar irrumpió del transporte y me abrazó. Todo de lo que podía hablar era de lo contento que estaba de volver a casa. Para cuando conseguí salir de su agarre, la Reina y sus doncellas habían subido a bordo.

Más tarde, en la nave, fui a buscar a Padmé y de algún modo me encontré en el centro de control de la nave. Esta era de lejos la cabina de mandos más avanzada que había visto nunca. No estaba seguro de cómo el piloto, Ric Olié, se sentiría sobre que merodeara por allí, pero no le importaba en absoluto. De hecho, fue a los controles conmigo.

Lo extraño era que mientras la nave Nubian tenía muchos más controles que ninguna nave que hubiera visto en la chatarrería de Watto, las bases eran las mismas. Podía identificar los propulsores, estabilizadores, y repulsores. No creía que Ric Olié estuviera tan impresionado con mi conocimiento si hubiera sabido en cuantas chatarras de cabinas de mandos me había sentado.

No vi a Padmé hasta el mismo final del vuelo. Habíamos entrado en la atmósfera de Naboo y estábamos empezando a aterrizar. Cuando salí del hidroascensor, la Reina y su gente estaban en la bodega principal esperando para desembarcar.

Vi a Padmé. Por la forma en que iba, podía ver que estaba preparada para luchar. Percibía que ella también estaba tan bien entrenada en la guerra como en atender a la Reina. Ahí es cuando mi sueño volvió a mí. Una vez más vi a Padmé liderando ese enorme ejército, y sabía que ella podía hacerlo.

Padmé parecía sorprendida de verme. Pero también contenta. Me dijo que la Reina le había dado mi mensaje en Coruscant. Entonces preguntó qué había sucedido en el Templo Jedi.

Le conté las malas noticias. Parecía que el Consejo no me permitiría ser entrenado como Jedi. Podía notar que estaba decepcionada. Y también parecía preocupada. Le pregunté qué pasaba y dijo que la Reina había decidido que su gente tenía que ir a la

guerra contra la Federación de Comercio. Le dije a Padmé que puede que no fuera un Jedi, pero que eso no significaba que no pudiera ayudar. Padmé me sonrió. Era una sonrisa triste. La nave aterrizó con una ligera sacudida. Cuando la escotilla se abrió, esperaba ver una plataforma de aterrizaje y algún tipo de ciudad, pero me esperaba una sorpresa. Porque todo lo que vi era un pantano.



Décimo Primera Entrada

Otra sorpresa

Para un niño que había crecido en el seco planeta de Tatooine, ver un lago por primera vez era incluso más asombroso que ver a la Reina. ¡No podía creer que hubiera lugares donde el agua realmente yacía en el suelo sin evaporarse al instante!

Miré alrededor aturdido. Aquí las plantas podían crecer salvajes y a cielo abierto, no en ninguna granja subterránea cuidadosamente atendida.

¡Aquí había tanta humedad que realmente podías sentirla en la piel y respirar la pesadez del vapor del agua en el aire!

Las nubes cubrían el cielo arriba y la niebla que colgaba sobre el lago era del gris del crepúsculo. Rodeando al lago había un pantano. En la distancia podía ver vastas colinas, con hierba. Con todo, esto parecía una vista aún más extraña que la vasta ciudad mundo de Coruscant.

De repente sentí añoranza y soledad. ¿Por qué Mamá no podía estar aquí para ver esto? ¿Y qué hay de Kitster? Mamá miraría alrededor maravillada. Kitster y yo estaríamos corriendo alrededor como locos, tocando las plantas y chapoteando en el lago.

El lago podía haber sido un lugar extraño y exótico para mí, pero para Jar Jar era su hogar. Con un chapoteo gigante desapareció en el agua. Alguien dijo que Jar Jar era un gungan. Los gungans vivían en una ciudad profunda bajo la superficie. Parecía que los gungans y la gente de la Reina nunca se habían llevado bien. Pero ahora Jar Jar iba en nombre de la Reina a suplicar ayuda en la batalla que ella estaba a punto de enfrentar.

No pasó mucho antes de que Jar Jar volviera a la superficie. Con el agua del lago goteando de las orejas y cabeza, nos dio las malas noticias. Había ido a la ciudad, pero estaba desierta. Vi la preocupación en las caras a mi alrededor. Obi-Wan temía que los gungans ya hubieran sido borrados del mapa por las fuerzas de la Federación de Comercio, pero Jar Jar dijo que era más probable que su gente hubiera ido a esconderse.

Jar Jar pensaba que sabía dónde estaban y empezó a llevarnos a través del pantano. Mientras íbamos en fila tras él mantuve los ojos en Padmé y Qui-Gon. Me habría

alegrado hablar con cualquiera de ellos, pero ambos parecían perdidos en sus pensamientos.

Mientras tanto, podía decir por el murmullo a mi alrededor que no todo el mundo creía que Jar Jar supiera dónde estaba yendo. Después de todo, esta era la criatura que parecía incapaz de mantenerse fuera de los problemas sin importar adonde fuera.

No pasó mucho antes de que se detuviera, olfateara el aire, y dijera que habíamos llegado. Miré alrededor, pero para mí aún parecía un pantano. Jar Jar hizo algún tipo de extraños sonidos de cháchara y de repente, fuera de la espesura verde, media docena de gungans aparecieron llevando uniformes y cabalgando sobre criaturas a dos patas que más tarde supe que se llamaban kaadu.

Estaban armados con armas en forma de lanza que parecían largas pistolas aturdidoras o electropicas. Suponía que estaban de patrulla. Y no parecían contentos de encontrar a Jar Jar. Estaba empezando a preguntarme si alguien se alegraba de toparse con él. Aún peor, cuando Jar Jar explicó que estábamos aquí para hablar con el jefe de los gungans, el líder de la patrulla puso sus ojos en blanco y le advirtió que si íbamos ante el jefe gungan, todos estaríamos en serios problemas.

Pero Jar Jar insistió, y el líder de la patrulla aceptó reluctante a llevarnos hacia delante.

Seguimos al líder de la patrulla a un lugar de ruinas de piedra gris antiguas, parcialmente cubiertas por cepas verdes y arbustos. Jar Jar dijo que este era un lugar secreto, sagrado para los gungans. Miré alrededor, asombrado, mientras pasábamos a grupos de gungans. Ellos nos miraron con sus grandes ojos. Jar Jar susurró que eran refugiados buscando refugio. Habían sido sacados de su ciudad al fondo del pantano por las fuerzas de la Federación de Comercio.

Llegamos a los restos de un enorme templo de piedra que estaba cubierto de cepas y musgo. Todo lo que quedaba eran columnas derrumbadas y escaleras. Por todas partes donde miraras había gigantes cabezas gungan talladas en la piedra. De nuevo, deseé que Mamá estuviera allí. Era todo tan extraño y diferente.

Nos detuvimos ante un gungan pesado, de aspecto serio sentado en una piedra. Jar Jar susurró que este era el Jefe Nass, el jefe gungan. Cuando el Jefe Nass vio a Jar Jar y al resto de nosotros, su amplia frente se arrugó, y su boca se frunció. Después de todo, él era el tipo que había desterrado a Jar Jar.

Incluso cuando la Reina Amidala caminó hacia delante para decir que habíamos venido en son de paz, el Jefe Nass sacudió la cabeza. Advirtió a Jar Jar que había cometido un error al traernos a él, y que estaba considerando sentenciarnos a todos a muerte.

En un flash estábamos rodeados de guardias Gungan. Ellos bajaron sus electropicas hacia nosotros. Oí el agudo respirar entre aquellos que estaban con la Reina. Dándose cuenta de que estábamos superados en número, los guardias de la Reina miraron alrededor nerviosos. Por un momento me puse tenso, preguntándome si había venido todo el camino sólo para morir. Pero me sorprendí de ver a Qui-Gon y a Obi-Wan

observando calmados, aparentemente sin preocuparse por la amenaza. Si ellos no estaban preocupados, sabía que podía relajarme.

La mayor sorpresa aún estaba por llegar. La Reina Amidala empezó a decir algo sobre formar una alianza con los gungans. Pero Padmé caminó hacia delante, cortando a la Reina.

Cuando el jefe gungan preguntó quién era ella, ¡Padmé dijo que ella era la Reina!

Por un momento no entendía lo que estaba sucediendo. ¿Padmé, la *Reina*? No tenía sentido.

Pero entonces explicó que la chica vestida como la Reina era realmente una de sus doncellas. Habían intercambiado sus puestos por protección.

¡Me alegro de que Padmé no estuviera mirando en mi dirección porque habría visto mi boca colgando bien abierta!

¡No sabía qué pensar! Desde el día en que Padmé y Qui-Gon entraron a la tienda de Watto, mi vida había estado cambiando en formas que nunca me habría atrevido a imaginar.

De alguna forma extraña y secreta, ¡estaba conectado a la Reina! Eso me hacía sentir algo importante. Me hacía preguntarme.

¿Quién *era* yo?

¿*En quién* estaba destinado a convertirme?

Padmé continuó explicando al Jefe Nass por qué había venido. Era bastante obvio que incluso aunque la gente de Naboo y los gungans hubieran vivido juntos en este planeta durante un largo tiempo en paz, no eran exactamente amistosos.

Ahora, explicó Padmé, ambos estaban amenazados por la Federación de Comercio. A no ser que los dos grupos se aliaran, ambos serían destruidos.

El Jefe Nass la escuchó con un ceño fruncido en su cara. Podías ver que no estaba seguro de creerla.

De repente Padmé cayó de rodillas ante el jefe gungan. Ella le suplicó. Dijo que la gente de Naboo eran sus humildes siervos y que su destino estaba en sus manos.

Por los jadeos de sus doncellas y los guardias de Naboo, supe que esta era la última cosa que habían esperado que hiciera. Pero entonces, lentamente, los guardias se inclinaron, también. Y entonces las doncellas y los Jedi.

El Jefe Nass empezó a reír. Parecía muy complacido. Había sentido que la gente Naboo había pensado que eran mejores que estos gungans moradores de los pantanos. Tener a la Reina Naboo de rodillas rogándole finalmente igualaba las cosas.

Estaba empezando a pensar que quizás los gungans y naboos podrían ser aliados después de todo. Una vez más vi a Padmé bajo una nueva luz. No sólo era valiente, ella también era una líder habilidosa.

Para mí, era aún más que un ángel.

* * *

Después de que el Jefe Nass aceptara la súplica de la Reina, él y sus generales empezaron a formar un plan con Padmé y los Caballeros Jedi. Yo aún tenía problemas en creer que Padmé fuera la auténtica Reina de Naboo. ¿Cómo podía llamarla Amidala? Ella siempre sería Padmé para mí. Ella siempre sería esa persona con la que en un principio sentí una conexión especial.

Quería hablar con ella en privado, pero estaba ocupada salvando su planeta.

El líder de los guardias de Naboo y algunos de sus hombres fueron mandados a explorar las actividades de las tropas de la Federación de Comercio. Un centinela gungan estaba estacionado en la parte superior del templo antiguo para vigilar por su regreso.

Cuando el vigilante gritó que los guardias estaban volviendo, dejé que Padmé y los otros lo supieran. Todo el mundo estaba ansioso por escuchar lo que estaba sucediendo entre la gente de Naboo y las tropas de la Federación de Comercio.

Las noticias eran malas. La mayoría de la gente de Naboo había sido llevada a campos de prisioneros. Había un pequeño movimiento de resistencia constituido por oficiales de policía de Naboo y guardias de palacio. Pero era insignificante comparado al tamaño de las fuerzas de la Federación. Tenían un ejército droide que era más grande de lo que los consejeros de Padmé habían esperado.

Por las expresiones sombrías a mi alrededor, empecé a entender contra qué estábamos enfrentándonos. Seríamos totalmente superados en número en la batalla. ¿Qué podía hacer yo para ayudar?

Entonces escuché algo de lo que Padmé y los otros habían estado planeando. Las tropas gungan irían a la batalla contra el ejército droide de la Federación. Era dudoso que pudieran realmente derrotar al ejército, pero con esperanzas podrían atraerlos lejos de la ciudad.

Mientras tanto, un puñado de las tropas de Naboo iría a la ciudad a través de pasadizos secretos. Intentarían entrar en el Palacio Real y capturar al virrey de la Federación de Comercio. Él era el líder, y sin él, la Federación de Comercio no sabría qué hacer.

Qui-Gon advirtió a Padmé que el virrey de la Federación de Comercio estaría bien protegido y sería difícil de capturar. También estaba preocupado por la batalla gungan con los droides de la Federación de Comercio. Incluso aunque no fuera más que una distracción, temía que muchos gungans murieran.

El Jefe Nass valientemente insistió en que su gente estaba preparada para hacer su parte para salvar el planeta. Padmé señaló que las tropas enemigas eran controladas desde un centro de mando de la Federación de Comercio que orbitaba el planeta. Mientras entrábamos antes en el espacio aéreo de Naboo, habían visto una única nave de combate de la Federación de Comercio: la Nave de Control Droide. Parte del plan sería también mandar pilotos caza de Naboo para destruir la Nave de Control. Entonces los droides en la superficie estarían indefensos.

Qui-Gon estuvo de acuerdo en que era un buen plan, pero de nuevo advirtió que no sería fácil. La Nave de Control Droide de la Federación de Comercio indudablemente

estaba protegida por escudos reflectores. Si los pilotos de Naboo eran incapaces de atravesar aquellos escudos, no serían capaces de desarmar el ejército droide de abajo.

Entonces Obi-Wan señaló un peligro aún mayor. Todo dependía de capturar al virrey de la Federación de Comercio. Si su plan fracasaba y escapaba, sin duda volvería con un ejército droide aún mayor… uno que las mermadas fuerzas naboo y gungan no tendrían esperanzas de derrotar.

Padmé asintió lentamente y dijo que estaba al tanto de ese riesgo. Era por eso que el plan no debía fracasar. El destino de todos los seres en Naboo dependía de capturar al virrey.

Con un plan arriesgado y una fina hebra de esperanza, íbamos a ir a la guerra.



Décimo Segunda Entrada

Un enemigo mayor aparece

No puede haber nada más serio que ir a la batalla. Especialmente una batalla donde muchos pueden ser asesinados. Pero al mismo tiempo es difícil imaginar algo más excitante. Los gungans podían haber sido una gente extraña y de aspecto peculiar, pero observar a sus soldados alzándose goteando humedad fuera del pantano vestidos en una armadura corporal de metal y cuero y cabalgando sobre poderosos kaadu era realmente impresionante.

Incluso más sorprendentes eran los soldados gungan sobre los fambaas. Nunca había visto criaturas como esas antes. Eran enormes y parecían gigantes salamandras escamosas. Cada fambaa tenía un generador de escudo que (¡con suerte!) protegía a los gungans de las armas de los droides de combate.

Mientras los gungans marchaban valientemente hacia las colinas herbosas más allá del pantano, Padmé, los Jedi, un pequeño número de tropas de Naboo y pilotos de caza, y yo nos dirigimos hacia la ciudad. Sabía que Qui-Gon no quería que yo fuera, pero con todo el planeta a punto de ir a la guerra no había ningún lugar seguro en el que dejarme.

Silenciosamente entramos en la ciudad principal de Theed a través de unos pasadizos secretos. Por un momento me quedé aturdido ante la belleza de los edificios con cúpulas y torres, pero una mirada a la plaza central mandó un escalofrío por mi espalda. Entre los escombros de una batalla reciente, ¡había tanques de la Federación de Comercio y droides de combate por todas partes!

La visión del enemigo y la destrucción que ya había hecho hizo que la garganta se me encogiera. Esto no era un juego. Esta no era una pelea que pudiera arreglarse con los puños, o incluso una Carrera de vainas donde alguien te quisiera muerto. Esto era mucho, mucho más grande… un enemigo de cientos, quizás *miles* de máquinas de matar. Y en un parpadeo cada una podía vaporizar a una criatura en un pequeño montón de cenizas humeantes.

Mis pies se sentían de plomo. De repente mi corazón estaba acelerado y tenía problemas para respirar. ¿Qué estaba haciendo aquí? Había ido junto a Qui-Gon con la esperanza de aprender a convertirme en Jedi. ¡Tenía nueve años! No quería morir.

Como si hubiera leído mi mente (¡quizás lo había hecho!). Qui-Gon se giró y me dio un asentimiento alentador. Creo que entendía lo que estaba sintiendo. Pero la mirada en sus ojos decía que era demasiado tarde. No había vuelta atrás.

Nuestro destino inmediato era el complejo de hangar central, donde guardaban los cazas estelares de Naboo. El hangar estaba conectado al Palacio Real. Teníamos que conseguir meter a los pilotos de Naboo en esos cazas y mandarlos arriba para desarmar la Nave de Control Droide de la Federación de Comercio. Las vidas de cientos de soldados gungan dependían de ello.

Mientras nos dividíamos en dos grupos, Qui-Gon me llevó aparte y me susurró que una vez que nos metiéramos en el hangar, debía encontrar un lugar seguro para ocultarme y permanecer allí. Quería ayudarle, pero tenía que seguir sus órdenes.

Esperamos mientras el otro grupo de guardias de Naboo se colaban por la plaza central. Padmé les mandó una señal y los guardias empezaron a disparar a los droides.

Instantáneamente, los droides de combate de la Federación de Comercio y los tanques en la plaza principal devolvieron el fuego. Mientras tanto el grupo de Padmé corría hacia el hangar. Cerca de una docena de brillantes cazas estelares de Naboo amarillos estaban dentro. Había más guardias droides ahí dentro y empezaron a disparar.

Las orejas me sonaban con las explosiones y sirenas mientras una batalla comenzaba por el control de los cazas de Naboo.

Siguiendo las órdenes de Qui-Gon, corrí bajo un caza y me escondí allí. El aire siseaba con rayos de bláster y láseres siendo disparados hacia atrás y hacia delante. No podía apartar los ojos de Padmé. Ella lideraba bien a sus tropas y luchaba valientemente, esquivando explosiones de láser y abatiendo droides con su bláster.

Un rayo láser abrió un agujero en el suelo justo a centímetros de mí. Tan cerca que sentí su calor abrasador. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Si ese rayo me hubiera golpeado, no sería más que un par de trozos de carne chamuscada. Sintiéndome mareado, retrocedí aún más en mi escondite.

La pelea continuó con los Caballeros Jedi, los guardias de Naboo, y los pilotos. ¡Estaban haciendo retroceder a los droides de la Federación de Comercio! Padmé dio la señal a los pilotos de Naboo y a las unidades R2 para que se metieran en los cazas. Lo siguiente que supe, un piloto de Naboo saltó en el caza bajo el que me estaba ocultando. Me gritó que encontrara un nuevo lugar en el que esconderme, y antes de que lo supiera, el caza estaba despegando. ¡Estaba en medio del hangar, totalmente desprotegido!

Con rayos láser aleatorios aún volando sobre mi cabeza, busqué un nuevo lugar para esconderme.

Oí un silbido y me giré para ver al droide Erredós-Dedós en un caza sin piloto. Parecía a salvo en el caza estelar. En medio de la batalla, sin ningún otro sitio al que ir, sonaba a una buena idea. Trepé dentro.

Para entonces montones de cazas estelares de Naboo estaban zumbando fuera del hangar. Fuera en la plaza central, un tanque de la Federación de Comercio rodaba y disparaba.

¡Ka-bum! Me encogí mientras un caza estelar estallaba en llamas y chocaba. Afortunadamente, los otros consiguieron despegar sin daños.

Habiendo liberado los cazas estelares, Padmé, los Jedi, y los guardias de Naboo se giraron hacia el palacio. La siguiente parte de la misión era capturar al virrey. Mientras salían del hangar, empecé a trepar fuera del caza estelar en el que me había estado escondiendo.

De repente Qui-Gon me vio y me gritó que me tenía que quedar en la cabina de mandos. Traté de discutir con él, pero él insistió en que era el lugar más seguro para mí. No podía decir que estuviera contento con ello, pero hice lo que me dijeron.

Observé mientras el resto del grupo se dirigía hacia las puertas que salían del hangar. De repente se quedaron quietos. En la entrada, bloqueando el camino, ¡estaba el Lord Sith!



Décimo Tercera Entrada

La batalla

Sus ojos amarillos eran intensos, su cara roja y negra aterradora. Padmé y los guardias de Naboo rápidamente retrocedieron. Qui-Gon y Obi-Wan se quitaron sus capas y encendieron sus sables láser. Por medio segundo me pregunté cómo cualquier guerrero podía luchar contra dos Jedi. Pero entonces el guerrero oscuro encendió su sable. Ambos extremos brillaron ominosamente. ¡Su sable láser tenía dos lados!

Empezaron a luchar. La furia de su batalla era como nada que hubiera visto nunca. El Lord Sith podía saltar veinte metros en el aire y hacer una voltereta mientras aún luchaba contra ambos Jedi. Estaba tan sorprendido que ni siquiera me percaté de la otra batalla teniendo lugar tras nosotros. Erredós silbó y yo me giré justo a tiempo para ver tres nuevos droides de la Federación de Comercio rodar dentro del hangar tras nosotros. Al principio parecían como ruedas de metal brillantes. Pero rápidamente se desplegaron en droides de combate fuertemente armados.

Padmé y los guardias de Naboo estaban atrapados. El Lord Sith estaba luchando contra Obi-Wan y Qui-Gon en un extremo del hangar y los droides destructores estaban disparando desde el otro extremo.

Tenía mala pinta. Sabía que tenía que ayudar y empecé a golpear interruptores. ¡De repente el caza estelar se lanzó hacia arriba y empezó a elevarse!

Apunté el caza hacia los droides destructores. Iba a coger a esas máquinas de muerte de tres piernas. Todo lo que tenía que hacer era encontrar el gatillo para las pistolas láser.

Bajé la mirada hacia los grupos de interruptores brillantemente iluminados y botones. ¿Cuál? ¿*Cuál*?

¡Ups! Presioné un botón, pero en lugar de disparar los láseres, el caza estelar se hundió. Debí haber golpeado un estabilizador.

Mientras tanto, los droides destructores estaban moviéndose hacia Padmé y su equipo.

Probé con otro botón.

¡Zap! ¡Bum!

Los láser del morro dispararon y un droide destructor estalló en humo y llamas.

¡Correcto! Erredós dejó salir un silbido de ánimo y yo reventé otro droide, y entonces otro.

Con los droides fuera del camino, Padmé y los guardias de Naboo se apresuraron hacia el palacio. Mientras tanto, el Lord Sith y los Jedi estaban enzarzados en un combate mortal.

¡Wham! Mi caza estelar recibió un disparo y dio la vuelta. Yo salté. Más droides habían entrado al hangar.

¡Y ahora me estaban disparando a mí!

De repente estábamos en una tormenta de explosiones. Erredós-Dedós estaba bipeando hacia mí como loco. ¡Por supuesto que quería alzar los escudos del caza! Simplemente no estaba seguro de cuál…

¡Gua! Golpeé un interruptor y pasamos de cero a sesenta en un nanosegundo. Erredós no tuvo que decirme que accidentalmente había encendido los propulsores. ¡Podía sentirlo!

Las buenas noticias eran que conseguí enderezar el caza estelar fuera del hangar sin chocar contra ninguna pared.

¡Las malas noticias es que ahora estábamos lanzándonos hacia arriba y yo aún no sabía cómo pilotar un caza!

Nos disparamos fuera de la ciudad y sobre una vasta llanura de hierba. Bajo nosotros los gungans y los droides de combate de la Federación de Comercio estaban luchando ferozmente. La llanura estaba amontonada de droides destrozados y gungans y kaadu heridos. Los láseres y las bolas de energía estaban volando hacia atrás y hacia delante. El aire estaba lleno de explosiones y humo.

Erredós siguió bipeandome, algo sobre el piloto automático buscando otras naves. Pero no podía ver ninguno.

Algo estaba preocupándole sobre aquellas otras naves. Le dije que si no le gustaba adónde nos estaba llevando el piloto automático, debería tratar de anular el sistema.

De repente, por el rabillo del ojo, vi una explosión brillante. ¡*Había* naves ahí fuera! Los cazas estelares de Naboo estaban luchando contra los cazas de la Federación de Comercio que habían sido mandados a proteger la nave que controlaba los ejércitos droides abajo.

De hecho, ¡el piloto automático nos estaba dirigiendo directamente hacia el enemigo!

Por un momento, me quedé helado de incredulidad. Partes iguales de miedo y excitación se disparaban a través de mí. ¿Qué estaba haciendo? ¿Un niño esclavo de Tatooine sentado en los controles de un caza estelar rápido como la luz dirigiéndome hacia una nave de combate enemiga? ¡Si tan sólo Kitster pudiera ver esto!

De la nada un láser chocó contra mi caza estelar. Grité a Erredós que nos sacara del piloto automático y él bipeó que lo acababa de hacer. Agarré los controles y balanceé el caza estelar. ¡Fui a la izquierda! ¡Erredós lo había hecho!

Bipeó de nuevo, recordándome que tenía que volver. Pero le dije, ni hablar. Qui-Gon había insistido en que me quedara en esta cabina de mandos y eso era exactamente lo que pretendía hacer.

Un caza de la Federación de Comercio cometió el error de cruzarse en el espacio aéreo por delante de nosotros. Me puse en su cola y le tuve a la vista. Reventar a ese tío del cielo iba a ser pan comido.

¡Sólo necesitaba saber dónde estaba el gatillo para el cañón del láser!

Erredós bipeó y yo hice lo que me dijo que hiciera.

El caza estelar se disparó hacia delante con una sacudida. En lugar de disparar al caza enemigo, pasé disparado justo junto a él. ¡Ahora él estaba en *mi* cola!

—¡Maldita sea, Erredós! —Grité.

Erredós bipeó una disculpa tímida. El caza de la Federación de Comercio ahora nos tenía a la vista.

Y eso no era lo peor. ¡Las auténticas malas noticias eran que nos dirigíamos directamente hacia la Nave de Control Droide!

Puse el caza estelar de Naboo a girar. Y no demasiado pronto. ¡Un rayo láser del caza de detrás de nosotros disparó sobre nuestra ala izquierda, fallándonos por poco!

Pero aún estábamos dirigiéndonos directamente hacia la Nave de Control. Grité a Erredós que la única forma de salir de este desastre era la misma en la que nos habíamos metido en él.

Él bipeó en respuesta y yo golpeé un botón, esperando que esta vez realmente fueran los propulsores inversos del caza estelar.

¡Lo eran! Con una sacudida, el caza estelar se frenó. Ahora era el turno del caza de la Federación de Comercio de pasar disparado junto a nosotros.

¡Ka-bum! Chocó contra la Nave de Control.

Balanceé el caza estelar alrededor y eché una mirada al resto de los navíos de Naboo. Estaban disparando a la Nave de Control, pero nada estaba atravesando el escudo reflector.

Esto era malo. A no ser que desarmaran esa nave, las tropas gungan en tierra serían masacradas. Erredós bipeó de nuevo. ¡Otro caza de la Federación de Comercio estaba en nuestra cola!

Una vez más estábamos siendo cazados hacia la Nave de Control. Supongo que Erredós no aprobaba la forma en que estaba manejando el caza estelar porque siguió bipeando que esto no era lo mismo que las Vainas de carreras.

¡Como si no pudiera averiguarlo por mi cuenta!

¡Zwank! ¡Algo nos golpeó desde atrás! Debía haber sido un disparo del caza de la Federación de Comercio. Erredós chirrió mientras chispas humeantes volaban y las luces parpadeaban en la cabina de mandos. Nuestro caza estelar empezó a rodar fuera de control.

¡Vamos a chocar contra la Nave de Control!

Para cuando recuperé el control del caza estelar, era demasiado tarde como para evitar la nave gigante. No tenía elección salvo dirigirlo hacia el único espacio abierto delante: un enorme hangar abierto.

De repente estábamos dentro del hangar, *dentro* de la Nave de Control de la Federación de Comercio, aún yendo demasiado rápido. Estaba ocupado esquivando transportes, cazas, y otras naves en la plataforma de hangar.

Bajando la mano hacia los propulsores inversos, conseguí parar los motores y llevar al caza estelar a detenerse justo antes de que golpeáramos la pared del hangar.

Durante un segundo, todo estaba en silencio. Erredós me dio un silbido bajo, preocupado. ¡Aquí estábamos en medio del territorio enemigo! Traté de reiniciar los motores, pero todo el panel de instrumentos se puso rojo con luces de advertencia.

Sabía que debía haber reventado algo durante el aterrizaje de emergencia. O simple y llanamente nos habíamos sobrecalentado.

Pero ahora estábamos rodeados de droides de combate de la Federación de Comercio.

Sin saber qué otra cosa hacer, me agaché en la cabina de mandos. Un capitán droide de combate vino hacia delante. Exigió saber quién era el piloto de nuestro caza estelar. Erredós silbó en respuesta que él era el piloto. El droide de combate parecía confuso y pidió ver la identificación.

¡Justo entonces las luces del panel de control de la cabina de mandos pasaron de rojas a verdes!

Salté al asiento del piloto y encendí el motor. El caza estelar se encendió al instante.

El capitán droide de combate me vio en la cabina de mandos y me ordenó que saliera o dispararía.

Respondí encendiendo el escudo reflector del caza. Empezamos a elevarnos y yo balanceé el caza alrededor, golpeando al capitán droide de combate. Los otros droides estaban disparando, pero sus disparos fueron todos reflejados por el escudo.

Apunté y disparé a los droides. ¡Pero presioné el botón equivocado y lancé dos torpedos!

El caza retrocedió mientras los torpedos se lanzaban. Con una sacudida me di cuenta de que era demasiado y demasiado cerca. Mis torpedos fallaron a los droides y se dispararon por un pasillo. Tenía el presentimiento de que una vez que esos torpedos hicieran contacto, las cosas iban a ponerse muy, muy mal.

Definitivamente era hora de decir adiós.

Balanceé el caza estelar y golpeé los propulsores. Desafortunadamente el hangar estaba lleno de droides entonces y tuve que golpear a un montón de ellos. Lo divertido era, ¡que era igual que las Carreras de vainas!

¡KA-BUM! Mientras alcanzábamos la boca del hangar, una enorme explosión estalló tras nosotros.

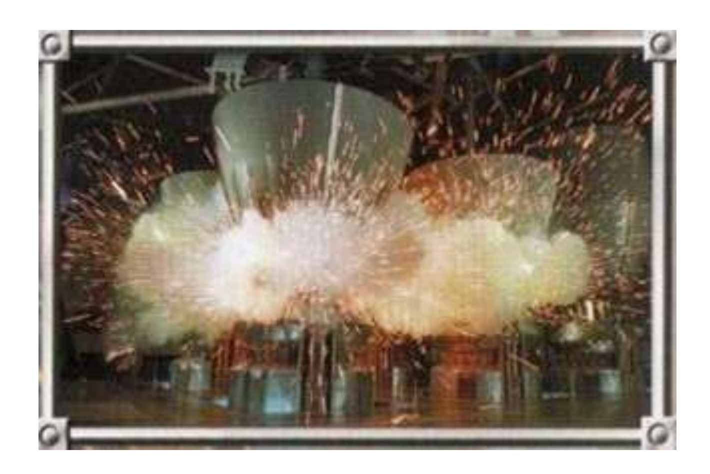
¡Wush! La fuerza de la explosión empujó nuestro caza estelar fuera del hangar. Me giré en mi asiento y observé mientras la Nave de Control desaparecía dentro de una bola

enorme de llamas amarillas y naranjas. Trozos gigantes de escombros al rojo vivo estaban disparándose por el espacio en todas direcciones.

¡Lo hemos hecho! ¡Hemos desarmado la Nave de Control Droide de la Federación de Comercio!

Agarrando los controles del caza, esperaba sentir un arrebato de felicidad mientras alejaba el caza estelar. Pero de repente me abrumó una oleada oscura de dolor y tristeza.

En ese momento no sabía qué la había provocado. Sólo sabía que algo terrible estaba sucediendo cerca.



Décimo Cuarta Entrada

Un triunfo amargo

Cuando la Nave de Control reventó, los cazas estelares amarillos de Naboo se reagruparon y se dirigieron de vuelta a Naboo. Quería hablar con ellos por comunicador, pero mis comunicaciones estaban estropeadas. Todo lo que podía hacer era cojear de vuelta a Naboo tras ellos en mi caza dañado.

Un poco después nos detuvimos dentro del hangar de palacio. Un montón de pilotos y tripulación de tierra rodearon mi caza. Cuando abrí la cabina de mandos y me levanté, sus bocas se abrieron. Podía leerles la mente. ¿Cómo era posible que un niño de mi edad consiguiera entrar en la Nave de Control Droide y reventarla?

Lo divertido era, que yo me estaba haciendo la misma pregunta.

Me ayudaron a bajar del caza estelar y, me dijeron las buenas noticias. Cuando la nave había explotado, todos los droides de combate de la Federación de Comercio en Naboo se habían quedado congelados, y la Reina fue capaz de capturar al virrey. Juntos, los gungans y la gente de Naboo habían ganado la batalla. ¡Su planeta era libre!

Debía haber sido uno de los días más felices de mi vida.

Pero justo entonces un guardia de cara sombría entró al hangar. Había oído que los Caballeros Jedi habían derrotado al Lord Sith. Pero en la batalla, el Jedi mayor había sido asesinado…

Sentí un dolor terrible en el corazón. Qui-Gon, mi héroe, mi guardián, la única persona que realmente entendía… se había ido. De repente supe que la sensación terrible y oscura que había tenido en el caza estelar era su muerte. Le sentí irse.

Cerré los ojos y abrí la mente, al igual que lo había hecho aquella noche en Coruscant cuando Obi-Wan y Qui-Gon hablaban. Podía percibir algo. Qui-Gon aún estaba allí de alguna forma. Era una sombra de lo que había sentido antes, pero aún estaba allí.

* * *

El funeral tuvo lugar en las escaleras del templo en la plaza central de Theed. Era la puesta de sol y el sol naranja se estaba hundiendo en el horizonte. Una gran multitud estaba allí: la Reina Amidala y sus doncellas, el Consejo Jedi y otros Caballeros Jedi que habían conocido a Qui-Gon Jinn en persona, las tropas de Naboo, y las fuerzas gungan.

Y, por supuesto, Obi-Wan y yo. El cuerpo de Qui-Gon estaba puesto en una pira funeraria. Observamos en silencio mientras Qui-Gon Jinn desaparecía en las llamas. Entonces fueron liberadas unas palomas blancas.

Era difícil para mí observar. En el corto tiempo que le había conocido, Qui-Gon había sido más un padre para mí que cualquiera que hubiera conocido. Pensé en el día en que lo había visto por primera vez en Tatooine. Cómo habíamos ido a mi casa para huir de la tormenta de arena. Cómo le dije que sospechaba que era un Caballero Jedi por el sable láser que llevaba. Cómo él pretendió que quizás simplemente había matado a un Jedi y le había quitado el sable láser. Cómo dije que nadie podía matar a un Caballero Jedi.

Y qué claramente recordaba ese triste momento en que él suspiró y dijo:

—Ojalá fuera así.

Como si incluso entonces lo hubiera sospechado…

Utilicé el puño de mi uniforme para limpiarme las lágrimas. Sentí la mano de Obi-Wan en el hombro.

—Él es uno con la Fuerza, Anakin, —dijo suavemente—. Debes dejarlo ir.

Alcé la mirada hacia la cara de Obi-Wan y me sorprendí de lo que vi. Su expresión era abierta y preocupada. Podía percibir sus cuidados mientras compartíamos la pérdida de alguien que ambos habíamos admirado tanto. Con la partida de Qui-Gon, algo había cambiado entre nosotros.

Le pregunté que me sucedería ahora.

Nada podría haberme preparado para la respuesta de Obi-Wan.

—Yo soy tu Maestro ahora, —dijo él, apretando su agarre en mi hombro—. Te convertirás en un Jedi. Te lo prometo.



Hora de irse

Obi-Wan simplemente pegó la cabeza a la entrada y dijo que nos íbamos en cinco minutos. Es hora de acabar este diario.

Han sucedido tantas cosas. Nunca seré el mismo que era en Tatooine. Está claro que mi vida será diferente de la de Kitster, diferente de la de mi madre, diferente de la de cualquiera que haya conocido antes. Tengo fe en la promesa de Obi-Wan: Mi entrenamiento comenzará pronto.

Mis viajes continuarán. Iré a planetas y tendré experiencias que no puedo empezar a imaginar. Estoy tanto asustado como excitado.

Adonde sea que me lleve el camino, estoy preparado.